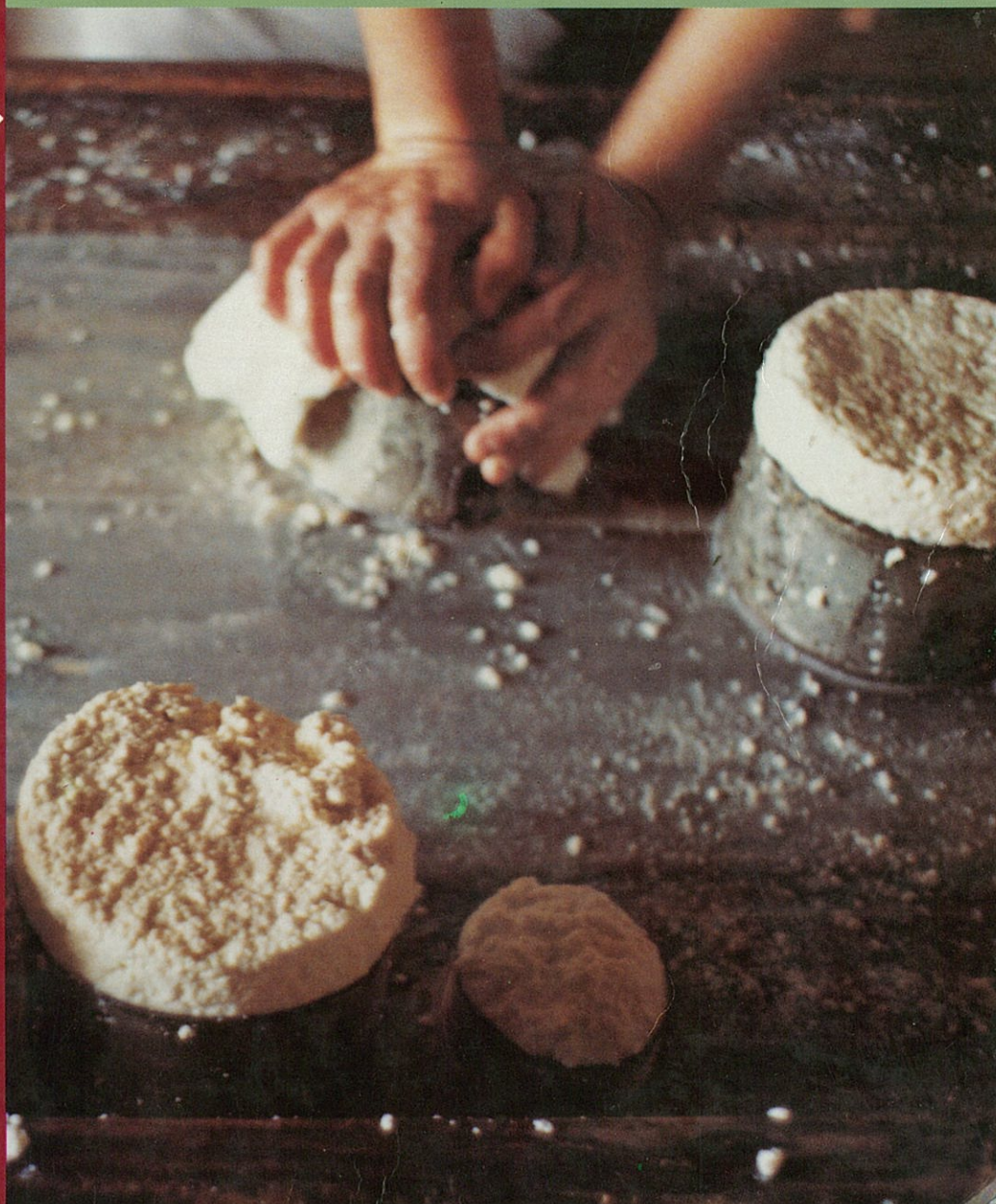


4

Arqueologia Medieval



EDIÇÕES AFRONTAMENTO



Capa e Design Gráfico: Gil Maia.

Fotografia da capa e da contracapa: Luís Pavão

ISSN: 0872-2250

Nº de edição: 572

Depósito legal: 66923/93

Edição: Edições Afrontamento, Lda. — Rua Costa Cabral, 859 — 4200 Porto — Portugal

Telefones: (02) 529271, 594880 — **Telefax:** (02) 591777

Impressão: Rainho & Neves, Lda. — Santa Maria da Feira

Acabamento: Rainho & Neves, Lda — Santa Maria da Feira

Periodicidade: Anual

Ano de publicação: 1996

EL PAISAJE VIVIDO Y EL VISTO. ASENTAMIENTOS Y TERRITORIO EN EL REINO DE GRANADA AL FINAL DE LA EDAD MEDIA

ANTONIO MALPICA CUELLO*

EL PAISAJE Y SU ANALISIS

El paisaje es un conjunto que permite el análisis, pese a que se trata de un espacio en el que se vive. En él se pueden detectar tres componentes¹. En primer lugar, se debe hablar de las fuerzas físicas que configuran continentes y mares, modelan el relieve y asimismo dan lugar a los ciclos geoquímicos y a las transferencias de energía por la hidrosfera y la atmósfera en los procesos climáticos. Este es el escenario en el que actúan como actores los seres vivos, que se han ido adaptando al medio ambiente y lo han ido también configurando. Hace más de 3.000 millones de años que aparecieron sobre el planeta. Finalmente, de entre los seres vivos, los actores más importantes son los hombres, porque pueden acumular experiencias y relacionarse socialmente, modificando el medio físico y adaptándolo a sus intereses.

El paisaje es, ante todo, aunque no exclusivamente, lo que se ve, una *realidad vista* por observadores. Por tanto, es una compleja experiencia vista, o mejor dicho sensorial. Difiere si quienes los observan son productores o consumidores de él². Podríamos decir que, además, es un fenómeno total, un sistema, cuyo equilibrio es fruto de cambios incesantes. Así pues, no se puede analizar como un estado fijo, sino como un movimiento³.

De lo dicho hasta aquí, siguiendo a uno de los más importantes investigadores del paisaje desde una perspectiva ecológica, podemos distinguir entre

fenosistema y *criptosistema*⁴. Aquél es un conjunto de componentes perceptibles, mientras que éste es de más difícil observación, pero que es preciso para la comprensión global del geosistema. Es decir, el paisaje es una realidad física, pero igualmente humana, sujeta a interpretaciones de tipo científico, claramente pluridisciplinar, psicológicas e ideológicas. Depende su interpretación de la manifestación de los elementos que los integran y de la capacidad de conocer aquellos otros que permanecen ocultos.

Para nuestro actual interés y nuestra propuesta de examen es preciso señalar que el paisaje es fruto de una evolución, que puede diferenciarse con una técnica adecuada. Hay elementos fosilizados y otros vivos, que siguen siendo incluso fundamentales para el funcionamiento del conjunto. El acelerado ritmo de los cambios en los últimos tiempos pone en peligro esa posibilidad, porque las transformaciones son muy importantes y alteran no sólo los componentes, sino incluso

* Universidade de Granada.

el conjunto de manera decisiva e irreversible. Para conseguir detectar en el paisaje actual las realidades del pasado, su evolución e incluso su futuro, es necesario una técnica adecuada, ordenada en una metodología precisa. Pero no sólo contamos con su observación por muy ajustada a nuestro propósito que sea, sino que hay otras posibilidades. A este respecto, las palabras de una geógrafa son significativas: *«Pero la naturaleza y el paisaje no son patrimonio de los estudiosos. Múltiples actitudes y múltiples formas de percibir, de apreciar y de obrar se han desplegado frente a ellos y han dejado sobre ellos impresa su huella. Leer y comprender el paisaje entraña, pues, intentar complejas operaciones de descodificación y de interpretación»*.

*El discurso científico y técnico se ha alejado cada vez más de los saberes comunes, tradicionales y populares»*⁵.

Recordemos de nuevo que el paisaje es un lugar de encuentro entre disciplinas tradicionalmente demasiado o incluso radicalmente separadas. Para su interpretación contamos con el concepto clave de historia. Un ecólogo ha dicho: *«Como el retrato de Dorian Gray, los paisajes componen sus rostros con las cicatrices del tiempo, con las marcas de los procesos físicos, biológicos y culturales que los han conformado. Viajar en el paisaje es también pues viajar hacia el pasado»*⁶.

Desde la historia se puede interpretar el paisaje y estudiarlo. Para ello es obligado una definición más amplia de lo que normalmente entendemos por tal. Las fuentes escritas han sido el punto de partida de la elaboración histórica. Hasta tal punto ha sido así que incluso se ha puesto de manifiesto que la calidad de una sociedad venía marcada por la escritura, verdadero arte de minoría hasta la aparición y difusión de la galaxia Gutenberg. Del conocimiento de lo escrito se ha derivado en gran medida la Historia, abandonando

realidades más elementales y dignas de una menor consideración para una ciencia que no era tal, sino que sólo explicaba la magnificencia de los grandes hombres. El acceso a ellas sólo ha comenzado a ser posible a condición del desarrollo del trabajo arqueológico, pero también de un profundo cambio epistemológico. La necesidad de conocer la vida material y el rechazo de una concepción incluso arqueológica tendente a poner de relieve las grandes obras de la humanidad, fruto del trabajo, pero usurpado por los que disfrutaban del ocio⁷, están en el origen de esta transformación. Gracias a ella, la propia Arqueología ha dado un salto cualitativo aún no medido. No busca ya un análisis formal ni mucho menos quiere una taxonomía como elementos únicos y exclusivos, sino que tiene una práctica historiográfica que le es propia y ofrece una discusión metodológica de amplio alcance. La Arqueología pasa a ocuparse, dentro evidentemente de la gran evolución del concepto de Historia, no sólo de los lugares de residencia, sino de los espacios productivos⁸. Los trabajos en el campo de la Arqueología han ido en esa línea en determinados equipos de investigación. Así, el hidraulismo con Miquel Barceló⁹ y la minería con Riccardo Francovich¹⁰ son algunos ejemplos dignos de tenerse en cuenta. Incluso este planteamiento da una nueva dimensión al concepto de patrimonio, como han puesto de manifiesto Claude y Georges Bertrand en el prefacio de la obra colectiva sobre Arqueología agraria¹¹. El libro que ellos prologan¹² es un magnífico compendio sobre el análisis de la vida agrícola desde una perspectiva arqueológica, tanto en su fase de campo, como en la de laboratorio.

El desarrollo de esta Arqueología nueva, que hunde sus raíces en una concepción antropológica y marxista, aunque a veces sean contrapuestos ambos términos en sus usos y en sus elaboraciones teóricas, ha cambiado incluso las técnicas de trabajo. En la Arqueología extensiva y en la del paisaje se muestra con claridad. No contamos con una definición precisa del término Arqueología del paisaje, pues, como señala Graeme Barker, no hay un acuerdo entre los arqueólogos, aunque la mayoría de ellos admiten, a través de su práctica, que se trata del estudio de las relaciones de los hombres con el medio físico en el que habitan¹³. De aquí se derivan cuestiones metodológicas de importancia. Si seguimos al propio Barker, hemos de decir que la Arqueología del paisaje es muy compleja¹⁴. Lo es tanto que, prácticamente, lo abarca todo. Sólo, que sepamos, André Bazzana y Pierre Guichard ha intentado establecer una jerarquía en tantas y tan diferentes técnicas que son utilizadas¹⁵. Pero el debate ha de ser fundamentalmente histórico, que no quiere decir procedente de forma exclusiva de las fuentes escritas. Hay algunas cuestiones a plantear, aunque no entremos en consideraciones de mayor envergadura. Una Arqueología como la que se postula de esta manera nos fuerza a examinar todas las épocas históricas con cuantas técnicas estén a nuestro alcance. Aunque el arqueólogo se empeñe en lo contrario, la realidad fosilizada o no, inserta en el paisaje, aparece hablándonos de distintos pasados. Pero, al mismo tiempo, obliga a considerar el tiempo presente, para medir la acción social en el medio físico y los restos detectables¹⁶.

Se podrán advertir las consecuencias que se derivan de esta cuestión. El concurso de diversas técnicas y de diferentes disciplinas implica, necesariamente, a no ser que se caiga en un análisis en el mejor de los casos meramente descriptivo, una jerarquización y un elemento director. Al mismo tiempo es imprescindible la formulación de hipótesis de trabajo, que no su mera contras-tación. En definitiva, surge el conflicto ciencia/técnica, o, en un sentido más amplio, teoría/práctica científica. Al mismo tiempo, en el sentido más arriba indicado, cambia el concepto de patrimonio y su aplicación a los procesos de trabajo y a los espacios en que tienen lugar. Las propuestas que se pueden derivar de esta discusión son claramente *heterodoxas* desde un punto de vista academicista. Se debe al hecho de que los análisis han de hacerse obligatoriamente dentro de una dinámica social de confrontación, que repercute en el medio físico.

La dimensión que adquiere el debate historiográfico surgido de esta nueva concepción, nos permite una auténtica *subversión* de los valores tradicionales. Así, nuestra presente propuesta pretende el conocimiento del paisaje desde una perspectiva doble. De un lado, la realidad vivida por unos hombres que ocupan un espacio físico y lo hacen suyo, el territorio. Se vertebraba a través de los asentamientos, que no son únicamente lugares de habitación, sino también áreas de producción de muy diversa caracterización. En seguida surge el problema de la relación con el medio físico y, en consecuencia, su expresión a través del medio geográfico. La plasmación visible, pero al mismo tiempo oculta, es el paisaje. De otro lado, la visión que tienen de él quienes los han contemplado. En tal caso, al tratarse de una sociedad que se expresa de manera multiforme en sus concepciones, habrá que acudir a diversas fuentes. Ya es tradicional el recurso a la iconografía, como planteó Emilio Sereni para el caso italiano¹⁷, pero también a las fuentes escritas, como ha hecho entre otros Fumagalli¹⁸. Sin duda, la reconstrucción definitiva del medio ambiente es responsabilidad de la Arqueología y de sus distintas técnicas, pero del análisis de la vivencia del paisaje no se puede llevar a cabo sólo con datos arqueológicos, ya que el componente ideológico es fundamental.

Para nosotros, atendiendo al debate historiográfico que se abre desde la nueva perspectiva metodológica, el interés está en la doble confrontación que se plantea entre las fuentes escritas y las arqueológicas. La inversión que proponemos es la de leer aquéllas desde el conocimiento de éstas. El paisaje vivido se ha de confrontar con el visto. El tema del espacio y del tiempo, en una dimensión más antropológica que la hasta ahora habitual, se manifiestan más nítidamente¹⁹. Asimismo el enfrentamiento entre sociedades cualitativamente distintas, como ocurre entre castellanos y granadinos en los tiempos finales de la Edad Media, permite un análisis mucho más rico en matices. La perspectiva que tenían los unos de los otros es esencial para un trabajo de las características señaladas. Lo es más desde el momento en que tiene una importancia indudable para la acción posterior sobre sociedades radicalmente diferentes a la castellana

bajomedieval, que fueron dominadas y aun destruidas por ésta en los primeros tiempos de lo que se ha dado en llamar Edad Moderna.

Dejamos para otra ocasión el estudio de las fuentes escritas árabes y vamos a dedicar nuestra atención a las castellanas, porque precisamente pueden permitir comparaciones con respecto a otros pueblos y otras tierras.

LA CONCEPCION CASTELLANA DE LOS «MOROS»

En las Crónicas castellanas del siglo XV, que son las que utilizamos en la presente ocasión, son escasas las referencias conceptuales y valorativas de los musulmanes granadinos. Aunque existen, según veremos, no permiten conocer el impacto que tenían los hombres de aquella época con respecto a sus vecinos y enemigos. La larga confrontación entre ambos había permitido tener una visión muy consolidada. No ocurre lo mismo con respecto a poblaciones nuevas, caso de los guanches y caribes, ni por parte de hombres venidos de otras latitudes.

Son de gran interés las descripciones de Bernáldez, cronista del reinado de los Reyes Católicos. Así, a guisa de ejemplo, recordemos algunos pasajes del cura de Los Palacios. En primer lugar, uno referente a los guanches: «No tenían hierro de que se servir, salvo, de algunos desbaratos que facían en los cristianos que les facían guerra, algunas armas e cuchillos. Con pedernales, en lugar de cuchillos, se servían. Senbravan el trigo e cebada con cuernos de cabra metidos en varas, especialmente en la Gran Canaria, en lugar de arados, e así rebolvían la tierra e cubrían el grano, e cogían en gran multiplicación, de una medida cincuenta o más. No facían pan, salvo gofio, envuelto el grano majado con la leche e con la manteca»²⁰. Es más, nos

informa sobre los efectos de la conquista castellana con una gran precisión: *«No tenían viñas, ni cañas de azúcar, ni avía en la isla [de Gran Canaria] la riqueza e fertilidad que agora ay, salvo figueras muchas. E desde que fueron los cristianos, pusieron parras e viñas e cañaverales de azúcar, e llevaron ganados, que ellos no tenían, sino muchas cabras, e trigo e cevada. No tenían caza de conejos; e de un conejo e una coneja que los cristianos llevaron, se hizieron tantos en tan poco tiempo, que toda la isla era llena de ellos, e les comían quanto avía, e las cañas de azúcar e plantas e quanto tenían, que no sabían qué remedio poner. E llevaron muchos perros, e diéronse por muchas maneras a los destruir e apocar, e cercaron las heredades que pudieron, e así se remediaron. E tienen de ellos cuanta caza quieren, e los toman con poco trabajo»*²¹.

Las páginas que dedica a Canarias son interesantísimas para conocer las formas de vida y su organización social; es más, su medio físico y la acción de esos pueblos sobre él aparece claramente reflejada en su obra. Algo similar ocurre con los datos que nos ofrece de América. En concreto, dice de los indígenas de la isla de la Española y de otras próximas: *«La gente desta isla e de las sobredichas andavan todos desnudos, onbres e mugeres, como nascieron, tan sin enpacho y tan sin verguença como las gentes de Castilla vestidos. Algunas mugeres traían cubijado un solo lugar abaxo con una hondilla de algodón e con una cuerda a la cintura, por entre las piernas, no más de lo baxo e la boca de la madre, por onestidad; e otras traían tapado aquello con una hoja sola de árbol, que era larga e propia para ello; otras traían una mantilla texida de algodón recinchada, que cobría las caderas e fasta medios muslos, parece que por onestidad; e creo que esto traían las mugeres desde parían. Ellos no*

*tenían fierro ni azero ni armas ni cosa que dello se fiziesse, ni de otra nengund metal, salvo de oro. Eran e son gente tan temerosa de la gente de acá, que de tres onbres con armas huyen mill; e no tienen armas sino de cañas e de varas sin fierro, con algunas cosa aguda en el cabo, que puede a los onbres de acá enpecer muy poco; e aunque aquellas armas tenían non savían usar dellas, ni de piedra, que es fuerte arma, porque el coraçon para ello les faltava y falta aun agora»*²².

Hay numerosas referencias que merecerían destacarse, pero no es el lugar apropiado para ello. Baste recordar otro párrafo en el que habla de los indios caribes: *«Estos trahen los cabellos luengos como mugeres, e son temidos por feroces entre estos pueblos islas sobredichas; e esto es porque todos los otros son gente muy cobarde y muy doméstica e sin maliscia; mas no porque ellos sean tan fuertes ni las gentes de acá los ayan de tener en más que a los otros»*²³.

Queda, pues, claro, que los textos siempre se establecen de forma comparativa. El valor de los castellanos queda de manifiesto, como guerreros que son, frente a la escasa entidad, por no decir cobardía de los indígenas, tanto guanches, como sobre todo americanos. No es extraño que fuese así. De un lado, escriben la historia los vencederos, mientras que los vencidos no tienen instrumentos para hacerlo. De otro, las diferencias sociales y materiales son abismales entre unos y otros.

No ocurría igual con los granadinos. Habían mantenido una resistencia a lo largo del tiempo y se trataba de una sociedad mucho más compleja que las que entran en contacto con los castellanos a finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna en el mundo atlántico. Con todo, hay algunos aspectos dignos de reseñar, que recogen los cronistas del siglo XV.

Véase este texto de Alonso de Palencia en el que nos habla del cerco de Alora por los castellanos en 1484: *«Viven los moros muy supeditados a sus mujeres; el tierno amor de los hijos les hace cobardes, y como procuran afanosamente la propagación y el sustento de la prole, todas las casas estaban llenas de seres indefensos, y los hombres difícilmente lograban reunir sus familias, mientras todos los jóvenes y viejos atendían a la defensa»*²⁴.

Un poco antes, al referirse a la toma de Alhama, que tuvo lugar en 1482, el mismo cronista dice: *«Su situación y sus fortificaciones les hacían descuidar la vigilancia, confiados en que por la proximidad a Granada y por lo seguro de su emplazamiento nada tenían que temer al enemigo. Dedicábanse los vecinos a sus tráficos; las mujeres frecuentaban las saludables termas alimentadas por los manantiales que allí nacen; todos vivían entregados a sus vicios y placeres, descuidando toda precaución»*²⁵.

De nuevo Palencia nos da una opinión ilustrativa sobre los moros granadinos a raíz de los sucesos de 1486: *«...vezinos del Albaicín, barrio habitado por los moros más belicosos, porque en los otros vivía la multitud dedicada a vulgares trabajos manuales, y se ocupaban menos de asuntos militares»*²⁶.

En otro pasaje, al referirse al cerco de Vélez-Málaga, que tuvo lugar en el año siguiente, es decir en 1487, leemos otra vez en la Crónica de Alonso de Palencia: *«Sólo habían tomado las armas contra los cristianos por la protección de sus lares; por la conservación de las tierras tantos años poseidas; por la defensa de sus mujeres, hijos y bienes, y por el libre ejercicio de su religión en las mezquitas. Mas ante el temor del terrible estrago de la inmediata expugnación, no se resistían a someterse al yugo de una esclavitud humana; pagarían mayores tributos que los granadinos y se mantendrían tan leales al Rey y a la Reina como lo habían sido a los Reyes de Granada, con tal que se les permitiera vivir en su ciudad»*²⁷.

¿Hay ejemplos más claros y significativos sobre el concepto en que tenían los castellanos del siglo XV, o mejor dicho la aristocracia guerrera, a los musulmanes granadinos? Pues sí. En un célebre texto anterior, en el que se nos relata la acción militar de un señor de la frontera en el reinado de Enrique IV, el condestable Iñáñez, establecido en Jaén, leemos lo que sucedió en una cabalgada en 1462: *«...vnos lugares que son al pié de vna sierra llamada El çenet, çinco léguas arriba; el nonbre de los quales es el vno Aldeyra e el otro La Calahorra: muy poblados de gentes, e muy ricos de todas alhajas e joyas de oro e de plata, e de seda, e de lanas e de linos, por aventura más que otros lugares semejantes de todo el reyno de Granada.*

*Y la cabsa de su abundancia e riqueza era porque de todas las guerras fueron e estouieron sienpre seguros e guardados, porque allí nunca llegaron los cristianos»*²⁸.

Hablando la misma crónica de un suceso acaecido en 1463 en la villa fronteriza de Montefrío, dice: *«Y como el día que claro facía de sol e buen tiempo todos los moros yvan al campo, a sus lauores, que no quedauan en toda la villa sinó a los viejos que no podían trabajar e las mugeres...»*²⁹.

Parece que nos hallamos, en opinión de los hombres de guerra castellanos, que controlan la sociedad de la época, ante una población no muy dada a la guerra y más proclive a otras actividades. Incluso cuando se defienden o preparan una acción militar, lo hacen lejos de los códigos de los caballeros de Castilla. Así, es frecuente leer en las escaramuzas que tienen lugar, antes de la guerra final, entre cristianos y moros, cuando aquéllos penetran en territorio de éstos, cómo los granadinos escapan a la montaña, seguro refugio, tanto porque ellos conocen mejor el terreno, como porque la caballería no puede avanzar con seguridad en ese medio. En 1407, según cuenta Alvar García de Santa María: *«...tanto que fallaron los moros e dieron en ellos, e destorruéronles que no tomasen la recua. E subiéronse como manera de venados a las sierras»*³⁰. Al año siguiente, en la misma crónica leemos: *«Los moros desbaratados se sobieron a la sierra, e los cristianos cargaron sus muertos e sus feridos, e viniéronse a Zahara»*³¹. Algo más tarde, concretamente en 1410, se vuelve a insistir: *«Los moros [de Archidona] estauan arriscados en las peñas e sierra...»*³². En el mismo reinado de Juan II, en 1407, en la crónica de

Fernán Pérez de Guzmán, se menciona el caso del asalto a Grazalema: *«E los moros se acogieron á la sierra donde tenían escondido todo lo suyo...»*³³.

Los contactos entre ambos bandos, cuando no eran escaramuzas fronterizas, como de las que venimos hablando, adquirirían una dimensión aún menos favorables para los granadinos. Aun contando con que el terreno les era ventajoso, ya por su fragosidad, según hemos visto, ya por la propia organización del espacio, esencialmente el rural, no parece que tuvieran, siempre en la apreciación de los cronistas castellanos, un mecanismo militar muy acorde con las normas de la guerra de la época. Y ello sin olvidar el peligro que suponía la artillería.

En un precioso y preciso texto de la época de Enrique IV, en el que se nos relata una acción militar, una cabalgada del monarca, por la Vega de Granada, el cronista Palencia dice: *«Todos los días los moros apostaban sus huestes entre la espesura de las alamedas y a orillas de las acequias; y, según la ocasión, las secaban o aumentaban su caudal de agua para cortar el paso al enemigo, siempre confiados en la insensatez de don Enrique. Muchas vezes estuvo en peligro nuestro ejército, pero los moros, viendo que el núcleo de los soldados no se separaba de las filas y seguía en buen orden las banderas, hacían alto, atacaban con menos arrojo, y nunca se atrevían a aventurarse en campo abierto, sin tener apoyada la espalda en la espesura de los árboles o en la cercanía de las fortalezas»*³⁴.

Es cierto que se trataba de una guerra defensiva la que tenían que llevar a cabo, puesto que los ataques iban creciendo y penetrando cada vez más al interior del reino de Granada, como queda reflejado en el relato de las expediciones de monarcas y nobles castellanos. La protección no ya de la riqueza

mueble, sino de la propia infraestructura agrícola eran las tareas fundamentales de los granadinos. Las frecuentes talas, tendentes a arruinar las tierras cultivadas, eran el principal problema. La preservación de los espacios cultivados, sobre todo las frágiles áreas de regadío, era esencial. En una expedición de Juan II a la Vega en 1431, narrada por Fernán Pérez de Guzmán, se aprecia con claridad: *«Estando el Rey cerca de Granada deseando mucho la batalla con los Moros, el domingo primero día de Julio, estando el Maestre de Calatrava haciendo allanar las acequias é barrancos que el Rey le había mandado que allanase, salieron de Granada gran muchedumbre de Moros a caballo é á pié por defender las acequias no se allanasen, é vinieron á las viñas é olivares, é asentaron ende su Real...»*³⁵.

De esa manera, la realidad física y los espacios irrigados ayudaban a la defensa, si bien, según hemos dicho, eran objeto de saqueo por parte de los castellanos, empeñados en una lucha caballeresca. En dos pasajes del cerco de Baza, en 1489, ambos de Bernáldez, se ve cuál era el problema. En el primero dice: *«E estando la gente del real ya entrada en grand parte de las huertas, los moros que estaban en defensa de la cibdad eran muchos e de los más honrrados e esforçados del reino de Granada: salieron e pelearon muy fuertemente con los cristianos, de manera que en anbas partes murió gente; e como las huertas estaban cercadas de muchas acequias e caozes e cerraduras, los cristianos no pudieron señorearlas, antes medio huyendo se ovieron de retraher atrás, por la resistencia e grand fuerza de los moros»*³⁶. En el otro leemos: *«No se pudo el rey en este cerco mucho ayudar de su grand artillería; porque con las muchas huertas e acequias e cerraduras, de una parte, e áspera sierra de otra, nunca pudieron llegar a los muros de Baça»*³⁷.

No parece exagerado afirmar que nos hallamos ante una sociedad que no es básicamente guerrera, atacada por otra en la que la guerra es un ejercicio fundamental. Ya en 1407, en la crónica de Alvar García de Santa María, leemos cómo las defensas no eran las preocupaciones mayores de los granadinos: *«Los moros de Zahara, en que vieron el real asentado sobre ellos, començaron a boruolearse e a defenderse quanto podían. E començaron a tapiar e adouar el alcáçar muy de rezio, e començaron a subir quanto tenían en la villa al castillo»*³⁸. En la misma Guerra de Granada se repiten episodios similares. Refiriéndose a Benamaquís, Palencia dice que estaba *«...protegido por los arroyos y espesura de las arboledas...»*³⁹. Pero es en el siguiente texto en el que Palencia refleja con más claridad esa opinión, cargada además de moralidad: *«Así, en quanto el Rey se adelantó para examinar de cerca si aquellos pueblos [Coín y Casarabonela] contaban con obras de defensa, pudo descubrirse la perfidia de los infieles que, parapetados tras las arboledas (muy densas en aquel valle por la abundancia de aguas) lanzaban contra los nuestros saetas envenenadas»*⁴⁰.

Ya hemos dicho que la artillería, de la que carecían los granadinos, era el último argumento militar. Los pasajes sobre su empleo son numerosos. Se allanaron tierras, se abrieron caminos y se acudió a cuantos recursos fueron necesarios para emplazarla frente a las plazas enemigas, incluso las más enriscadas. Se debía al hecho de que la artillería no empleaba aún los tiros curvos. Pero más significativo que cualquier otro párrafo es el siguiente, en el que se mencionan los efectos sobre los moros: *«Nada causa a los moros mayor temor que el batir de la artillería»*⁴¹.

No hay que hacer muchos más comentarios al respecto, porque los conceptos quedan bien claros. Sin embargo, estas opiniones sirven para conocer asimismo una realidad más compleja y que no aparece en primer plano. Ciertamente, se puede considerar como el fondo de una escena, que no ella misma. Ésta aparece con nitidez en escritos posteriores, de hombres de otras tierras, como es el caso de Jerónimo Münzer y el de Andrés Navagero. El primero es inmediatamente posterior a la conquista castellana del reino; el segundo, de los años 20 del siglo XVI. Pero no ha llegado aún el momento de utilizar sus ricas informaciones. Antes habrá que seguir estudiando los datos que se recogen en las Crónicas castellanas del siglo XV.

EL PAISAJE GRANADINO VISTO POR LOS CASTELLANOS

Es verdad que en las Crónicas se recogen datos de actuaciones militares para mayor gloria de los reyes, nobles y caballeros, que justifican su vida en la guerra contra los infieles. Un párrafo sobre el marqués de Cádiz, señor de frontera y hombre de armas representativo de la época, puede ser suficiente para mostrar la cuestión con más o menos claridad: *«Sabed, señores, por cierto, que en el año de la Encarnación de Nuestro Salvador Jesucristo, de mil e*

cuatrocientos e sesenta e dos años, el muy noble y esforzado caballero don Rodrigo Ponce de Leon, marques de Cádiz, seyendo de edad de diez e ocho años, estando al mandamiento del conde don Juan, su padre, en la su villa de Marchena, su deseo era muy grande de se fallar en alguna batalla peleando contra los moros infieles; y este caballero era muy devoto de Nuestra Señora la Virgen María, secretamente, ante la cual imágen cada día dos veces él hacía una muy devota oracion pidiéndole por merce le quisiese cumplir aquel deseo que tenía. E un día estando en esta oracion, le aparecio la Virgen Maria visiblemente, e le dijo: -¡Oh buen cauallero, devoto mio, sepas por cierto, que mi amado fijo Jesucristo e yo, habemos rescebido tu oracion, y por ser fecha tan continúa y con tan limpio deseo de corazon, te otorgamos que en todas cuantas batallas de moros te fallares, serás vencedor»⁴².

No es menos cierto que la aproximación a la realidad espacial y más material se produce cuando la conquista es un hecho. Pero sobre todo la documentación de archivo es la que ofrece una mayor claridad al respecto. La aproximación a las poblaciones vencidas es de gran importancia. Es entonces cuando los relatos de glorias dejan paso a una realidad más cruda, que alcanza su cénit en la postrera rebelión de los moriscos, ya en la segunda mitad del siglo XVI. Ya no se puede hablar de una guerra gloriosa y caballeresca, sino de la expoliación directa. Mención aparte, como hemos dicho, merecen los documentos e que se recoge la posesión de bienes y el reparto a los pobladores, los referentes a las cargas tributarias, aquéllos que son fruto de las disputas que surgen en la convivencia de dos sociedades distintas e incluso entre los mismos castellanos. La masa documental es amplísima y sólo cabe una aproximación muy gruesa, que, por lo demás, aún tiene profundas desigualdades territoriales. La investigación no ha sido homogénea en todo el reino ni en la técnica ni en intensidad.

De momento, vamos a seguir utilizando las referencias de las Crónicas y de algunas otras fuentes escritas, que más representan la imagen de la sociedad sobre los vencidos y su mundo en contraposición a la realidad que van plasmando en los otros documentos, y frente a la vivencia de los verdaderos protagonistas, que se expresan a partir de los datos arqueológicos, que no de las fuentes escritas.

Ya hemos dicho que las Crónicas nos hablan esencialmente de las acciones militares. Por ende, su referencia es a plazas fuertes y a los territorios más próximos. No es extraño, pues, que, conforme las acciones van ganando en complejidad, se manifieste un paisaje diferente y más rico, desde luego mejor descrito.

De los elementos que componen el paisaje, lógicamente adquieren un especial relieve los asentamientos. De entre ellos, las ciudades o núcleos de mayor importancia, dependiendo del medio en que se encuentran, son las fundamentales. Se tratan de los escenarios en que tienen lugar las máximas batallas, los asedios y las luchas. Aparecen como los elementos esenciales del paisaje y del territorio, que es un concepto, sin embargo, bastante confuso para los autores

de la época, porque no queda claro el marco, referencial, salvo en contadas ocasiones.

La vida urbana aparece en el reino de Granada bien documentada. Es la espina dorsal del poblamiento, lo que no quiere decir que los asentamientos rurales carezcan de importancia. Desde las primeras Crónicas del siglo XV, la ciudad adquiere un relieve especial. Con harta frecuencia se describen los alrededores, que son básicos para conocer la organización urbana y su entorno. En 1407, según Alvar García de Santa María, se produjo el ataque de cristianos a Vera. El relato dice: *«E los cristianos asentaron su real en vnas huertas e en vnos parrales que tenían ay juntos con la çiudad; e fiziéronles talar las huertas e los parrales, e quebráronles vnos molinos que tenían por vna ribera, e derribáronles vnas çinquenta casas de cantería que tenían. E talaron las huertas; e después que ovieron comido ordenaron a Vera por tres partes, a tres puertas que tiene la çiudad»⁴³.*

Las citas podían ser más numerosas. Limitaremos su número. El mismo cronista dice de Casarabonela, con respecto a un hecho de armas acaecido en 1407: *«E tanto que los cristianos vieron esto, boluieron a ellos, e fueron matando en ellos fasta los encerrar en las huertas de Çaçarauonela»⁴⁴.* De Cártama escribe, en 1410: *«E pusieron su real esa noche çerca de la villa de Cártama, e quemáronle el arrabal e quanto pan fallaron, e talaron las huertas e viñas, e fizieron ende mucho daño. E escaramuçaron con ellos fasta los meter por las puertas de su alcáçar...»⁴⁵.* De una campaña en Guadix en 1431, se dice: *«...á la fin dexaron [los moros] el campo é fueron fuyendo hasta se meter por los callejones de sus huertas, donde murieron asaz dellos»⁴⁶.* Quizás el más interesante de todos sea el relato de la campaña, en época de Enrique IV, sobre Granada y sus inmediaciones⁴⁷. Ya en plena Guerra de Granada las

informaciones son más detalladas. Sigue apareciendo ese espacio periurbano con casas, huertas y torres. Bernáldez se refiere a Ronda, cercada en 1484: «*La tiendas del rey estaban asentadas en medio del real, e el rey se aposentava en una torrecilla que de ende estava, en los olivares e viñas*»⁴⁸. Valera dice de Loja, conquistada en 1486: «*E como los moros esto conoçieron, salieron de la cibdad e dieron en la hoya donde el real estava, por un canalizo de huertas que llegava fasta çerca de la cibdad*»⁴⁹. De Málaga tenemos una descripción muy viva. Valera dice: «*...e a la parte donde está asentada la cibdad es un grand llano e vna vega muy grande e muy fermosa llena de huertas e árboles e viñas*»⁵⁰. Alonso de Palencia nos habla de ella en diversas ocasiones. En la que hemos seleccionado leemos: «*A los gomerres y a la demás multitud de las aldeas circunvecinas acogida en Málaga, les daban facilidad para frecuentes salidas contra los nuestros las frondosas arboledas de frutales de los numerosos huertos inmediatos a la muralla. Desde allí, de repente, y muy a mansalva, acribillaban con los tiros de culebrinas y espingardas a los nuestros, imposibilitados de defenderse porque pegado a las murallas y en medio de un verjel, se levantaba un torreón bien fortificado y muy guarnecido, como que solía servir de seguro retiro al Rey moro para estar a cubierto de las frecuentes algaradas de las gentes granadinas, en que a veces habían perdido la vida los reyes. A fin de disfrutar allí en completa seguridad de la amenidad del sitio y gozar a sus anchas de sus voluptuosos placeres, habían hecho construir una torre a modo de alcazaba, defendida por otras contiguas de menor elevación*»⁵¹. Con respecto a Baza leemos en Mosén Diego de Valera: «*La qual es pequeña e muy fuerte e bien torreada, puesta en llano, algo desviada de la sierra, e tiene dos arrabales muy grandes e muy buenos;*

e tiene muchas huertas, todas en torno, de muy grandes árboles, e muchas acequias en conpás de más de media legua, hasta juntar cerca de los muros»⁵². El texto de Palencia sobre el cerco bastetano es sumamente esclarecedor: «*La entrada para los nuestros ofrecía menos seguridad por aquella parte de los huertos que hubieran considerado más cómoda para aproximar la artillería a las murallas si se hubiesen talado las arboledas, por industria de los moradores entrecortadas por torres y tapias. Todo el que poseía un huerto solía levantar en él una torre y protegerla con tapias para no facilitar a los enemigos de los alrededores el acceso a la ciudad a favor de lo llano del campo*»⁵³. Bernáldez señala lo siguiente: «*Entonces fizo fazer el rey casas e palacios en el real, de tapias e madera e teja, que traía de los lugares que los moros despoblaron e de las casas de las huertas*»⁵⁴.

Los textos son suficientemente jugosos. Las ciudades estaban rodeadas de un perímetro de huertas y casas de campo, auténticas almunias en donde moraban eventualmente personajes de gran importancia en el mundo urbano, hasta el punto de que lo hacía el propio rey. Estaban al amparo de las ciudades, pero sin amurallar. Eran esencialmente espacios agrícolas siempre irrigados. Ya dijimos más arriba que la red de acequias servía para inundar los campos e impedir el avance de los enemigos. Pero en las Crónicas se ve con claridad que estas tierras eran objeto de un cultivo muy intensivo y promiscuo, que era posible por la irrigación. En Málaga era así, utilizando agua de pozos: «*En cuanto al agua, muchos pozos de las huertas vecinas, que los moros creían poder cegar o, por lo menos, impedir a los nuestros utilizarlos, surtieron abundantemente al ejército, que la acarreaaba por un sendero pegado a la muralla*»⁵⁵. En Baza eran acequias: «*...e como las huertas estaban cercadas de muchas acequias e caozes e cerraduras, los cristianos no pudieron señorearlas, antes medio huyendo se ovieron de retraher atrás, por la resistencia e grand fuerça de los moros*»⁵⁶. Esto llevó al rey Fernando a desviar las acequias que suministraban el agua, según Palencia: «*Vino a agravar la situación la previsora medida de D. Fernando de desviar el curso de las acequias que repartían por las huertas aguas cristalinas y saludables, y hacerlas caer en un cauce que las tropas fueron excavando por la campiña baja. De este modo, los que en la ciudad miraban por su salud y los que presidiaban el castillo no contaban con más agua potable que la de la fuente del Hinojo*»⁵⁷.

Parece asimismo que el agua era fundamental tanto para los espacios periurbanos como para las ciudades. Es lógico, porque a la demanda para beber y regar habría que añadir la necesaria para la ornamentación y la higiene. Cuando se producen los sitios de las ciudades se aprecia que la provisión es uno de los puntos débiles, aunque siempre hay sistemas alternativos. Lo vemos en 1410 en Antequera: «*... e sopo cómo los moros tenían poca agua en la villa, e esta que tenían era mala, que hedía, que no hera ome del mundo que la podiese beber sino con gran cuita. E con todo eso no avía agua para quinze días, salvo por la que los moros tomaban del río.*

E entonçes el Infante obo su consejo de mandar guardar el agua, que la tomaban por vn postigo pequeño que estava contra las guertas al río»⁵⁸. Ocurrió algo similar en Alhama, en 1482, según dice Valera: «E mandó [el marqués de Cádiz] poner muy gran recabdo en un pozo que solo avía de agua en la cibdad, no consintiendo que del agua sacasen, guardándolo para quando mayor neçesidad tovesen. E por una mina que tenían salían al río, e por allí se proveyan, y es cierto que dentro de la cibdad estavan mas de quinze mill personas e çinco mill bestias»⁵⁹. El anónimo autor de la historia del marqués de Cádiz relata esta misma acción: «E mandó poner cerradura e llave á un pozo que en la cibda habia... tenían una mina por donde el agua del río entraba en la cibdad...»⁶⁰. En Ronda pasa lo mismo: «Y el viernes se combatió la mina, la qual los moros valientemente defendían, e con todo eso, aunque fueron muchos heridos e algunos muertos, se los tomó; e se cortó una torre que estava en el río, por donde los moros tomavan agua... E como en la cibdad otro agua no tovesen, salvo un algibe que no se podían mantener más de çinco o seis días, en la toma desta mina el marqués pasa su persona trabajó tanto que algunas vezes entró en el agua hasta cerca de la çinta, e allí le mataron e firieron algunos de sus criados»⁶¹. Nos describe esa mina con detalle el cura de Los Palacios: «Tenían en Ronda los moros, una mina secreta, que decendía de la altura de la cibdad por escalones, en la cual yo conté ciento e treinta pasos de decendida, por donde venían e tomavan el agua que avían menester, de tres pozos, que abaxo, al peso del agua del río, tenían fechos e llenos de agua»⁶².

A veces los relatos permiten tener una idea más precisa de las ciudades granadinas, no sólo de su entorno más inmediato. Ya en 1410 Alvar García de Santa María escribe sobre Setenil: «La villa de Setenil es muy fuerte a maravilla, la qual está asentada entre dos valles, en vna peña fecha como manera de tréuedes, e está toda çiega sino los pretilles e las almenas, que están ençima de la peña. E corre al derredor della un arroyo de agua, e está toda en peña tajada, tanto que lo menos alto della son de altura de dos lanças de armas, e más. Tiene vna puerta al cabo de la villa, en el comienço del castillo, con vna albacara, que es çerca de vna fermosas torre bien grande, que es la torre del omenaje. E tras esta aluacara, tiene otra como manera de alcáçar, que ay dos puertas desta aluacara al alcáçar; e es otrosí, fecha encima de vna peña más alta que la villa. E del castillo ay otras dos puertas fasta entrar en la torre grande. E en ella no ay combate, sino es a do está la primera puerta, en la primera aluacara. E está entre el muro e el albacara, do es lo más llano deste combate, vna casa fecha en vna peña tajada»⁶³.

Es verdad que las descripciones que se hacen en las Crónicas ya durante la Guerra de Granada obedecen a la resistencia de los pobladores de los núcleos urbanos, que prolongan el asedio y las intervenciones militares. Veamos dos casos. En el de Vélez-Málaga, Valera nos dice: «Esta cibdad es muy gentil e asaz grande, e tiene una alcaçava muy buena; e es muy fuerte e bien çercada, e tiene muchas e muy buenas torres, e buena barrera e fossado. Es puesta

sobre peña; tiene un gran arrabal a la parte de la mar. Es la tierra e comarca muy poblada e muy fértil, de grandes arboledas e olivares e viñas, e créese que avía en ella dos mill y quinientos vezinos, en que sin dubda avía bien çinco mill combatientes»⁶⁴. Pulgar nos ofrece abundantísima información sobre las ciudades que van cercando los castellanos. De Málaga, ciudad muy importante en el conjunto del reino, escribe: «La cibdad de Málaga segun nos pareció, es puesto casi en fin de la Mar de levante á la entrada de la Mar de poniente, é cerca del estrecho de Gibraltar, que parte la tierra de España con la tierra de Africa. Está asentada en lugar llano al pié de una cuesta grande, é cercada de un muro redondo, fortalescido de muchas torres gruesas, é cercanas unas de otras. E tiene una barrera alta é fuerte, do ansimesmo hay muchas torres. E al cabo de la cibdad é al comienzo de la subida de la cuesta, está fundado un alcázar, que se dice el Alcazaba, cercado con dos muros altos é muy fuertes, é una barrera. En estas dos cercas podimos contar fasta treinta é dos torres gruesas, é de la maravillosa altura é artificio compuestas. E allende de estas tiene en el cicuito de los muros fasta otras ochenta torres medianas é menores, cercanas unas de otras. Deste alcázar sale una como calle cercada de dos muros, y entre muro é muro podrá haber seis pasos en ancho; y esta calle con los dos muros que la guardan van subiendo la cuesta arriba, fasta llegar á la cumbre, donde está fundado un castillo que se llama Gibralfaro; el qual por ser en lo mas alto, é tener muchas torres, es una fuerza inexpunable. En esta otra parte de lo llano de la cibdad está una fortaleza con seis torres gruesas é muy altas, que se dice Castil de Ginivoses. Es despues están las tarazanas torreadas con ciertas torres donde bate la mar. Y en una puerta de la ciudad que va á la mar está una torre

albarrana, alta é muy ancha, que sale de la cerca como un espolon, é junta con la mar. Otrosí tiene dos grandes arrabales puestos en lo llano junto con la cibdad; el uno que está á la parte de la tierra, es cercado con fuertes muros é muchas torres; en el otro que está á la parte de la mar, habia muchas huertas é casas caidas. E las muchas torres, é los grandes edificios que están fechos en los adarves y en estas quatro fortalezas, muestran ser obras de varones magnánimos, en muchos é antiguos tiempos edificadas, para guarda de sus moradores. E allende de la fermosura que le dan la mar é los edificios, representa á la vista una imágen de mayor fermosura con las muchas palmas é cidros, é naranjos, é otros árboles é huertas que tienen en grand abundancia dentro la cibdad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuito»⁶⁵. Con respecto a Baza, leemos: «Esta cibdad segun nos paresció, es asentada casi al Mediodia, desviada de la entrada de la mar de Levante por espacio de diez leguas. Y en aquella parte do es fundada, podrá haber de tierra llana ocho leguas de largo, é tres de ancho, cercada por todas partes de una sierra que se llama Xabaleohol, do descende las aguas á lo llano, É á esta llanura, que se dice la Hoya de Baza, riéganla dos rios: al uno llaman Guadalquiron, é al otro Guadalentin. La cibdad está asentada en un llano al cabo desta sierra bien cercano á ella por espacio de quatro tiros de ballesta. Entre la cibdad son grandes, é puestos en circuito della, pero no tienen tal cerca que la pudiese amparar, porque es fecha de tapia baxa de casamuro. La cibdad tiene el muro muy fuerte, é las torres dél muchas é grandes, cercanas unas de otras; especialmente á la una parte tiene quatro torres albarranas altas, é tanto anchas, que cada una sale del muro por espacio de quatro pasos. É al cabo de la cibdad á la parte de la sierra está fundado un alcázar artificio-

samente fortalecido con muchas torres é altos muros. Luego á la salida de la cibdad, por la parte de lo llano, está plantada una huerta espesa con muchos é grandes árboles é frutales que ocupan casi una legua de tierra en circuito. Y en esta huerta habia mas de mil torres pequeñas, porque cada vecino de aquella cibdad que tenia en ella alguna parte, facia una torre cercana á sus árboles; é aquello que le pertenescia regaba con azequias de las muchas aguas que descenden de aquella parte de la sierra. Y en cada pertenencia particular habia tantos é tales edificios que fortificaban toda la huerta. Ansí que la cibdad está fortalecida de la una parte con la sierra é grandes ramblas é cuestas, de la otra con la huerta grande y espesura de árboles, é de la parte de la vega la fortificaban las muchas azequias é barrancos altos é baxos artificioosamente fechos, donde corren las aguas»⁶⁶. Algunos datos de interés se contienen asimismo en el relato del marqués de Cádiz: «Es cibdad pequeña; lo fuerte della de buenas torres e muros, asentada en un llano, algo desviada de la sierra que tiene de la una parte; e de la otra tiene muchas huertas, e muy espesas, desde junto con los muros, en compás de media legua. Tiene dos arrabales; uno á la parte de la sierra, e otro á la parte de las huertas; cada uno de más vecinos que los de la cibdad. El de la parte de la sierra es muy flaco, e para se tomar sin ningun detenimiento. El de la parte de las huertas es algo más fuerte»⁶⁷.

Los textos hasta aquí citados, que se podrían multiplicar, permiten conocer cómo eran las ciudades granadinas en los tiempos finales de la Edad Media. Son espacios amurallados, con torres de diversas características. Algunas de ellas estaban exentas y permitían el control de algún paso más dificultoso. En todos los casos aparece un alcázar, que debe entenderse no tanto como un palacio, sino como una verdadera alcazaba, que aparece citada alguna vez como tal. El circuito de murallas permite conocer que se trata de una realidad más compleja. Se aprecian, conforme ya hemos advertido, pues se habla de alcazaba y/o alcázar, al menos dos espacios diferenciados. El último reducto sería precisamente aquélla o éste. Cabe suponer que el primero serviría para abrigar la ciudad propiamente dicha. Cuando se trataba de un asentamiento a medio camino entre el mundo agrícola y el propiamente urbano, se encerraban en un espacio ad hoc los ganados, que lógicamente vivían en los campos más o menos próximos. Es el caso de los albacaras, que aparecen citados en el caso de Setenil y que sabemos que había en otros puntos. Las murallas, seguramente de tapial, estaban precedidas a veces con una barrera y un foso, como sucede en Vélez-Málaga y Málaga. En esta última, la parte más eminente tiene una fortificación, Gibralfaro, que se unía a la alcazaba por medio de un paso protegido. En algunos casos, como en el castillo de Antequera, que se hallaba en la parte eminente de la ciudad, había una mezquita: «En primero dia de otubre, ordenó el Infante de yr de fazer bendezir vna mezquita que es en el castillo de Antequera»⁶⁸. Llama asimismo la atención que se nos hable que una torre del homenaje en Setenil, seguramente residencia de la autoridad local, como ocurría con cierta frecuencia en las estructuras defensivas nazaríes. A veces,

una torre salía de la muralla para fortalecer un punto que lo precisaba, siendo en otras ocasiones para proteger la toma de agua, en cuyo caso tendríamos una coracha.

Aunque los datos son esencialmente para un relato de acciones militares, aparte de las murallas, adarves, torres, alcazabas y/o alcázares y castillos, aparecen otros elementos de manera ocasional. Son fundamentales para conocer el paisaje urbano y su percepción por los castellanos. Ya nos hemos referido anteriormente a las tierras que rodeaban a las ciudades. Eran, como dijimos, tierras a medio camino entre la vida urbana y la agrícola, ocupadas por huertas y casas de recreo. Pero sabemos, como se lee en el caso de Málaga, que aquéllas estaban incluso dentro del recinto amurallado. Esto confiere un carácter muy propio a estas urbes, que no siempre se tratan, como es lógico, de grandes centros, sino que debe hablarse de pequeños o medianos núcleos en su mayor parte. Asimismo, se aprecia cómo las ciudades estaban rodeadas de arrabales, fruto de su crecimiento, que se ha podido comprobar arqueológicamente en algunos sitios. Se habrá advertido que en la mayoría de las ciudades descritas se mencionan arrabales, en ellos hay caserío y espacios de huertas, y se fueron amurallando según fuese necesario, pero no era obligatorio que así fuese. Significan, claro está, el avance y desarrollo urbano sobre las tierras vecinas, de uso preferentemente agrícola. Por eso, las defensas están graduadas y formadas por anillos concéntricos, el primero de los cuales son las huertas, imposibles de combatir para los castellanos, a no ser que las destruyesen, y el último, la alcazaba. Diversas puertas, de las que nada, salvo sus nombres a veces, sabemos por las crónicas, aunque se conozcan bastante bien a niveles arquitectónicos y arqueológicos, comunican unos espacios con otros. En el interior de las ciudades se dice que había barrios y calles estrechas, pero poco más. Palencia habla de Alhama: «*Cuando amaneció y los moros vieron tan aumentada su libertad con la ocupación de aquélla, corrieron en pelotones por los estrechos barrios en que acostumbran habitar*»⁶⁹. Como es lógico, el entramado urbano es más complejo. De Valera tomamos el siguiente texto sobre Alhama: «*...e como quiera que los christianos recibieron grand daño por las calles muy estrechas, con todo eso plugo a Nuestro Señor que los moros ovieron de dexar la plaça e yr fuyendo por la cibdad abaxo fasta una mezquita muy fuerte que tenían que es a la puerta que dizen de Granada...*»⁷⁰. De nuevo Palencia nos muestra una imagen urbana de Granada más o menos nítida, cuando describe la guerra entre los reyes nazaríes en la ciudad: «*Divididos en cuatro escuadrones los dos bandos, se acometieron con gran furia en las estrechas callejuelas; pero delante de la Mezquina (sic por Mezquita) principal, donde el espacio era mayor, los dos reyes peleaban con tan feroz encono, que parecían dominados por inextinguible sed de sangre*»⁷¹. Es, pues, un elemento de diferenciación clara de los muchos que aparecen en las Crónicas con respecto a las formas de vida castellanas. Los centro de oración, o mezquitas, salen esporádicamente en las fuentes. En una ocasión encontramos una refe-

rencia bien precisa a un cementerio islámico. Estaban, como sabemos por la Arqueología, extramuros siempre y frente a una puerta de las principales, como sucedía en Setenil: «*Y el Maestre mandó asentar su Real en un valle de viñas que está encima de la villa, que es contra el camino que va a Teba, é puso otro Real de la otra parte del valle encima del Honsario de los Moros, que está en derecho de la puerta de la villa, é así lo cercó por todas partes*»⁷².

Si importante puede ser el conocimiento del paisaje urbano en sentido estricto, parece que debe ser más el del territorio en el que se insertan las ciudades. El rasgo distintivo que le dan los castellanos a éstas es su propia condición de amurallada y la organización espacial que hemos venido describiendo. En el caso de Montejícar se aprecia claramente cómo hay estructuras castrales con casas próximas: «*...e viniendo por su camino con su cavalgada, pasaron junto con Monte Xicar, é ahí descavalgaron é comenzaron á combatir el castillo é quemar las casas que cerca dél estaban*»⁷³. Más adelante se podrá ver que se diferencian de las castellanas de la época, o al menos los hombres de la época lo consideraban así. De entrada, las Crónicas marcan una diferenciación nominal entre villas y ciudades, sin que expliquen en que se apoyan. Sin duda obedecía a la importancia del núcleo, mensurable no sólo por su tamaño y complejidad, sino por su influencia en el territorio. A veces de se trata de verdaderas megalópolis, más por sus funciones que por su estructura espacial. Es el caso de Málaga. A los textos arriba incluidos hemos de añadir el de Palencia: «*La costa de Málaga era una puerta abierta para todos los granadinos, aun no siendo un puerto tranquilo para las naves, porque si bien cuenta con fondo suficiente, en épocas borrascosas no ofrece seguro fondeadero. Mas la grandeza de la ciudad, la opulencia de*

sus moradores, la mayor seguridad ofrecida por sus costas y el considerable y variado tráfico de mercancías, hacían de ella un magnífico emporio para ganancia de todas sus naves que allí arribaban y el principal socorro para los granadinos. Allí ondeaban embarcaciones de egipcios, tunecinos númedias o sitifenses, y hasta de árabes de la próxima costa frontera, y llevaban a los granadinos, hombres, caballos y numerario»⁷⁴. En contraposición, Valera escribe sobre Coín y Benamaquís: «E como quiera que estas dos villas estaban en sitio muy fragoso, así de la sierra que junta con ellas como de muchas huertas e alquerías que tienen derredor de sí, asentóse el cerco sobre amas a dos»⁷⁵. La ciudad de Granada es, sin duda, la de mayor influencia en el territorio próximo, según se ve en la campaña de 1431: «Esta batalla así vencida, los Moros quedaron tan temerosos, que no osaban salir á las viñas ni huertas ni otras partes, como solian, ni pensaba en al salvo en guardar su cibdad lo mejor que podían. El Rey mandaba todavía talar los panes é viñas é huertas é todo lo que en el campo se hallaba, é fueron derribadas todas las torres é casas y edificios que habia en derredor de la cibdad tres leguas en torno, lo qual duró en se hacer seis días despues de la batalla vencida»⁷⁶. No queda claro, sin embargo, como es lógico por otra parte, qué relaciones había entre la ciudad y el territorio, ni siquiera sabemos cuál era la extensión de éste. Las acciones militares dan una idea algo equívoca, porque la guerra no es la mejor manera de explicar la estructura de poblamiento y la organización espacial, sobre todo para una sociedad que no se basa precisamente en lo militar. Así, cuando cae una gran plaza se derrumban amplios territorios. Hay innumerables referencias a ese hecho, pero baste con este sencillo y significativo párrafo: «E todos los otros lugares llanos comarcanos, que es la

serranía de Cañillas, e los lugares de Torrox y el Axarquía, viendo cómo el rey de Castilla e sus grandes habían tomado la cibdad de Vélez Málaga, y la villa e fortaleza de Comares, y la fortaleza de Montomis, vinieron besar la mano al rey e á se dar por sus vasallos»⁷⁷.

Otras elementos de la organización territorial y del poblamiento van apareciendo al compás del relato de las acciones guerreras. Lógicamente predominan aquéllos que son eminentemente defensivos. En algunos casos se habla de torres atalayas, que abundan en la geografía del reino y se documentan arqueológicamente con facilidad: «... e mandó correr [el marqués de Cádiz] el campo fasta las puertas de la villa [de Setenil], e fizo talar todas las huertas e las viñas, e de allí se partió para una fortaleza que es entre Setenil y Ronda, que se llamaba la torre de las Salinas, que era muy fuerte e asentada en un cerro muy alto, en el cual estaban diez moros, y aquella torre era guarda e atalaya de toda aquella tierra»⁷⁸. Cerca de Archidona había otra: «En el primero é segundo día de Pasqua se talaron todos los panes é viñas é huertas deste lugar de Archidona, é fueron derribados los molinos que tenían, e una torre muy grande de atalaya, donde se hacia asaz daño a los Christianos»⁷⁹. Se aprecia asimismo la existencia de castillos rurales. Así, en 1407, según cuenta Alvar García de Santa María: «El Infante sopo cómo estaua vn castillo que dezían Audita a vna legua de Zahara, en que estauan en él pocos moros, e que estaua al pie deste castillo vna aldea pequeña»⁸⁰. Es una situación similar a la que ya hemos dicho que había en Montejícar, pues un castillo se mantenía como estructura defensiva y fuera de ella existía un asentamiento sin fortificar. Esto podía implicar que la sujeción de la población a la fortaleza no existía en modo alguno. Sin embargo, parece que cumplían la función de un mecanismo defensivo de un territorio más o menos próximo: «E las aldeas fueron robadas e quemadas; e como el maestre passó por una aldea que se llama Moclinete, que se avía quemado por los que la avanguardia llevaban, salieron los moros de un castillo, donde se avían recogido, e matáronle veynte cavalleros e sus cavallos»⁸¹. En ciertos casos parece que se trataban de construcciones muy importantes, como se ve en el castillo de Arenas en 1460: «E así podría ser que de çinco puertas, que son vna en pos de otra, pudiesen tomar la vna o las dos»⁸². En Las Cuevas, en 1407, se ve con menos claridad, pero se infiere que fuese de ese modo: «Al Infante dixeron en cómo cerca de Cañete e de Priego avía vn castillo que dizen Las Cuevas, e estaua vna torre muy fuerte, cerca deste castillo, que la podía muy bien tomar poca gente»⁸³.

Son otras las estructuras defensivas que se aprecian a partir de las Crónicas. Al anterior ejemplo, hay que añadir otros. En Valera leemos: «...e todos los moros estaban alçados en las torres de las aldeas, que ninguno se tomó, salvo diez moras e quinze moros que los del marques tomaron en una aldea, donde él fue»⁸⁴. La asociación torre y alquería, denominada como aldea en las fuentes escritas castellanas, se ve en algunos casos: «...dexaron el cerco e deçendieron a una grand maleza de huertas e viñas que allí estaban, junto con la torre e

aldea [de Benalaxar]»⁸⁵. Cuando se trataba de poblaciones cercanas a importantes ciudades, las torres que aparecen pueden estar en relación con la población o sencillamente estar bajo el control de algún importante personaje, miembro de la casa real granadina por lo general⁸⁶. Así pues, los asentamientos rurales convivían con los castillos y torres. Una política defensiva no implicaba una despoblación y sólo unas actividades militares. El cronista Alvar García de Santa María pone en 1408 en boca del rey de Granada las siguientes palabras: «Es verdad que quando los malos moros medrosos dieron a Çahara al Infante, que los que estayan en los lugares çerca, así como Cañete e Priego e Las Cuevas e la Torre del Alaquín, temiendo, los dexaron despoblados, así como cosa suya, e el Infante tomó dellos lo que quiso, e poblólos: éste no lo pobló, e quedó yermo. E siendo yermo, no estava por él ni por los moros. E después fiziéronse las treguas. E agora queríanla poblar los cristianos, e no fazían razón ni derecho. Por ende, mis moros pudieron fazer lo que fizieron, en no dexar poblar la tierra que no quedó por suya ni por mía»⁸⁷. Es claro que esta situación perjudicaba a los granadinos que estaban junto a la frontera castellana. Valera refiere lo siguiente de Setenil: «Es la villa muy fuerte, e tiene tierra muy fértil e muy provechosa para los christianos, de que los moros reciben muy grand daño»⁸⁸. Claro está que aquellas tierras que estaban más alejadas vieron cómo las campañas militares y la expediciones de castigo fueron aproximándose y llegaron a afectarles. Recuérdese, por ejemplo, el caso de El Cenete, saqueado por Iranzo, según vimos más arriba. Por eso mismo no es extraño leer este párrafo en una de las Crónicas de Juan II: «El el (sic) Infante sopo cerca deste Montecorto avía y, çerca de la sierra, vna aldea que dizen Graçalema, e enbió allá para la robar e fazer mal e daño a Diego Fernádez de Quiñones, merino mayor de Asturias, e a Rodrigo de Naruaes, e a Pero Alonso de Escalante, sus donceles. E llegaron al aldea, e vieron que era vna buena aldea, e fallaron dentro muchos moros; e començaron a pelear con ellos, fasta que se entraron el aldea. E los moros acogieron a la sierra... E los moros tenían todo lo más e lo mejor de lo que tenían alçado a la sierra; enpero fallaron ay pan, trigo, ceuada e figos...»⁸⁹. Véase algo similar que recoge Palencia, aunque referido a una villa: «En la villa no quedó nada que no se repartieran las tropas, y arrasadas la mayor parte de las casas, perdió Coín aquel aspecto de belleza que le distinguía entre las otras poblaciones del territorio de Málaga»⁹⁰. La riqueza agrícola era la ruina de las poblaciones, porque apenas estaban fortificadas.

El mundo rural aparece, pues, marginalmente en las Crónicas del siglo XV. Sólo en las que recogen la guerra de los moriscos se ve con mayor precisión. Con todo, las referencias en aquéllas, aunque proceden de un reconocimiento del territorio para acciones militares, son significativas. Dos ejemplos a sumar a los ya mencionados nos pueden servir. El primero está tomado de Palencia: «La situación de estos pueblos de la Alpujarra, entre tierras escabrosas e inaccesibles y una costa en el Mediterráneo sin puertos les ponían a cubierto de las incursiones enemigas, y sus abundantes frutos y su excelente cosecha

de seda les permitían pagar al Rey cuantiosos tributos»⁹¹. El otro es de Bernáldez: «...el rey mandó ir al duque de Escalona con fasta tres mill de cavallo e diez mill peones al Alacrín, que son unos valles que están a la entrada del Alpuxarra, donde ay muchas aldeas, a las destruir porque era tierra muy rica, de donde Granada avía mucho reparo»⁹². Ya hemos reproducido otros textos en los que se ve que las actividades principales de estos núcleos eran las agrícolas. En Montefrío sabemos que «...todos los moros yvan al canpo, a sus lauores...»⁹³. Pero asimismo se nos dice de los alhameños: «Dedicábanse los vecinos a sus tráficos...»⁹⁴. Claro está que nos referimos en ambos casos a núcleos de cierta importancia, calificados por los cronistas como villas o ciudades. Incluso de El Cenete nos dice la Crónica de Iranzo: «...muy poblados de gentes, e muy ricos de todas alhajas e joyas de oro e de plata, e de seda, e de lanas e de linos, por aventura más que otros lugares semejantes de todo el reyno de Granada»⁹⁵.

Parece inferirse de los textos consultados que la vida agraria era muy rica y generaba un excedente para el comercio, que, de acuerdo con la actuación de los mercaderes, singularmente los italianos, iba induciendo la producción hacia determinadas líneas. Es posible que debido a ello se relacionase la vida agrícola con la urbana de una manera inequívoca, al menos en la opinión de algunos cronistas: «Todas estas villas y aldeas con sus fortalezas se entregaron diez días después de Baza baja las mismas condiciones que ésta, su cabeza, puesto que, sin su consentimiento, ninguno de aquellos labradores podían cultivar sus vegas...»⁹⁶. Pero esta imagen, a la medida asimismo de la realidad castellana, tiene una contrapunto evidente, pues el mismo cronista, Alonso de Palencia, a continuación del texto antes reproducido, nos dice: «También influía en su ánimo el

deseo de permanecer en aquellas tierras durante siglos cultivadas por sus antepasados, tierras amenas, feraces y de tan extenso regadío, que no tenían que temer la esterilidad por la tardía de las lluvias. A causa de estas ventajas el territorio estaba muy poblado, y como es durísimo abandonar los lugares en donde se ha vivido feliz, los habitantes de aquella región, antes que abandonarla, prefirieron permanecer allí bajo condiciones humillantes, muy próximas a la esclavitud»⁹⁷. No hay palabras más claras para expresar lo que sucedió y para señalar la importancia de la agricultura de regadío. Como es sabido, la irrigación crea unas condiciones ecológicas distintas a las propias de los climas mediterráneos, permitiendo el cultivo de plantas foráneas y estableciendo una vida agrícola en la que no existe el reposo de los campos, siendo la intensividad la nota dominante⁹⁸. Esta sistema, sin embargo, era posible no sólo por los medios técnicos y los conocimientos de que disponían los árabes, sino por la propia estructura social sobre el que reposaba, toda vez que no había señores que demandasen renta, aunque existiese una fiscalidad. Todo ello se manifiesta en la densidad del poblamiento de los diversos territorios. Veamos lo que dice un cronista de Juan II sobre la Vega de Granada sobre la que hicieron una correría: «...los quales corrieron é quemaron é talaron algunas lugares é hasta veinte alquerías muy buenas que están en la vega entre el rio de Guadaxenil é Granada...»⁹⁹. Recordemos lo que decía Valera sobre Vélez-Málaga, según el texto más arriba recogido: «Es la tierra e comarca muy poblada e muy fértil, de grandes arboledas e olivares e viñas...»¹⁰⁰.

En definitiva, se ve gran cantidad de núcleos rurales y los espacios cultivados en torno a ellos. El paisaje que se puede entrever a través de las Crónicas es el propio de un

campo irrigado y muy productivo. Las acequias que regaban las tierras aparecen frecuentemente mencionadas, como hemos recogido en varios textos. Los castellanos eran conscientes de la riqueza que producían. Aunque sea saliéndonos de las referencias cronísticas, merece la pena citar un párrafo de una carta del secretario real Hernando de Zafra: «De acá no se ofrece otra cosa que decir á vuestras Altezas sino que quanto mas veo esta tierra, tanto me parece mejor; y desdeque ví al Alpujarra y ví las cosas della, tanto dí y doy muchas y muchas mayores y mas gracias á nuestro Señor por el buen aventurado fin que á vuestras Altezas dió en esta santa conquista; que certifico á vuestras Altezas porque vean cuan estéril tierra es el Alpujarra, que estábamos en Verja mas de seis mil personas de cristianos y moros, y que nunca faltó mucho pan y carne y pescado y frutas, muy barato, y la cebada á 50 maravedises la fanega castellana, y las gallinas á doce maravedises, y las perdices, el par, á nueve, y este año no cojeron el cuarto del pan que el año pasado»¹⁰¹.

Cosa muy diferente es saber los productos que se obtenían. Las Crónicas apenas contienen noticias al respecto. Sobre todo son de alimentos utilizados o capturados en la guerra, pero también cultivos arrasados o talados. En 1431 los moros hacen un regalo al condestable de Castilla: «Otros dicen, que porque los Moros en un presente que hicieron al Condestable de pasas é higos, le fue embiada tantas monedas de oro, que por aquella causa él tuvo manera como el Real se levantara, y el Rey se volvió así en Castilla»¹⁰². Algunos años después, al rey Enrique IV le entregan otros presentes alimenticios: «Y luego vinieron vn fijo del alcayde de Canbil e otros moros con él, e besaron las manos al rey; e troxieron mucha çeuada e pan e miel e quesos e pasas e almendras, de que comieron los que con el dicho señor rey estauan, y avn su alteza asimismo»¹⁰³. En ambos casos son alimentos de obsequio, destacando los frutos secos (almendras, higos y pasas). Parece, no obstante, que se tratan de productos que servían para la alimentación de manera más o menos habitual de los granadinos. Cuando abandonan una fortaleza, encuentran los castellanos esos y otros alimentos. En una ocasión leemos: «E los Moros se acogieron á la sierra donde tenían escondido todo lo suyo (...) E hallaron en el lugar (de Montecorto) asaz trigo é cevada é higos é almendras»¹⁰⁴. En Torre Alhaquime el infante D. Fernando encuentra asimismo productos y bienes de todo tipo: «...e quando él llegó, los Moros de noche habian dexado la fortaleza, en la qual hallaron asaz trigo é cevada é higos e mucha ropa, é otras cosas»¹⁰⁵. Nada extraño con respecto a lo ya sabido, sobre todo porque los alimentos que se pueden conservar son escasos. Los más perecederos, los procedentes de huertas y tierras de regadío, como verduras y frutas, se debían de consumir de manera inmediata. En las tierras cercanas a las ciudades se ve que hay una gran variedad. En el caso de Málaga, como ya reprodujimos antes al hablar de ella, se ve con claridad: «...representa á la vista una imágen de mayor fermosura con las muchas palmas é cidros, é naranjos, é otros árboles é huertas que tienen en grand abundancia dentro la cibdad y en los arrabales, y en todo el

*campo que es en su circuito»*¹⁰⁶. Es verdad que, como más adelante hemos de señalar, los territorios rurales tenían tal variedad de frutos, pero en las Crónicas se mencionan aspectos más generales. En las talas que se hacían se dice casi siempre lo mismo. En 1410: «...é pusieron su Real esa noche cerca de la villa de Cártama, é quemáronle el arraval é todo el pan que tenían, é talaron ende las huertas é viñas...»¹⁰⁷. En 1431: «...para hacer daño en la villa de Illora, los quales quemaron el arrabal é hicieron mucho daño en la villa. E otro día el Condestable movió su real para la vega de Granada, y en yendo, hizo talar todos los panes é viñas é huertas de la villa de Illora que habían quedado, y entró en la vega de Granada»¹⁰⁸. En 1484: «E fueron sobre Málaga, e talaron todas sus comarcas, panes e viñas e huertas e olivares e almendrales...»¹⁰⁹. Finalmente, en 1486: «...e él [el rey] fué con la otra, que fue la mayor parte de la gente e cavallería, a talar e a correr la vega de Granada, en la cual fizo a los moros muchos daños, ca les taló los panes e panizos e olivares e huertas»¹¹⁰. Es claro que la información es muy exigua, pero suficiente, porque va dibujando un paisaje menos uniforme que el que cabría esperar de unas descripciones elementales en las Crónicas, más atentas a los avatares de la guerra que a otra cosa. En cualquier caso, hay que añadir además que son tierras frágiles y difíciles de proteger, aunque contasen con la posibilidad de encharcar las tierras y detener a la caballería.

Atención especial merece el examen de la ganadería, que se revela más claramente en las fuentes, ya que su captura en las acciones militares era un objetivo fácil y común. Recojamos algunos ejemplos de los muchos que podrían tomarse, todos ellos del cronista del reinado de Juan II Alvar García de Santa María. En 1407: «E entraron a tierra de moros, e pasaron el puerto de Caçarabonela. E Garçi Méndez puso los peones en el puerto, e enbió correr allende de Caçarabonela fasta sesenta de cavallo, e él quedó cabo de Caçarabonela. E los corredores que enbió a correr traxeron quinientas vacas e bueyes, e fasta quinientos cabras e ovejas»¹¹¹. En ese mismo año: «E por quanto los moros [de Zahara] no tenían asaz bestias para llevar lo suyo, demandaron merced al Infante le mandase prestar veinte vestias, en que llevasen alguna cossa de lo suyo. El Ynfante les mandó prestar quinze asnos, en que llevaron alguna cosa de lo suyo, cabras e vestias e fazienda, dexaron en Zahara pan e joyas, en las casas; e armas e viratones, e otras cosas»¹¹². En 1408: «...e vieron yr al ato de ovejas de los moros, que yban corriendo, e los moros que las lleuauan ovieron vista de los cristianos que entraron a poner la çelada [en derecho de Grazalema]»¹¹³. También en 1408: «...e fizo allegar el ganado que estaua çerca de la villa [de Ronda], así bueyes e yeguas e vacas e cabras e ovejas»¹¹⁴. Y en 1410: «E allí salieron los moros a pelear con ellos, e escaramuçaron a la puerta de la villa con los moros. E fueron al puerto qués allende de Loxa, contra la Vega de Granada, e esperaron las vatallas en el puerto, e enbiaron por corredores, por la Vega, a Alonso Martines de Angulo e a Egas, con fasta dozientos de cavallo. E corrieron vna legua allende de Loxa, e sacaron vacas e yeguas,

*que dizen que podían ser fasta trezientas e çinquenta cabeças de ganado»*¹¹⁵.

Se habrá advertido que son tanto ganado mayor como pequeños rumiantes. En unos casos destinados a los trabajos de los campos primordialmente, en otros al consumo alimenticio. Son cabañas de cierta importancia que tenían que ser alimentadas fuera de las áreas irrigadas, seguramente en el secano que hubiese, pero sobre todo en el monte. Este ir y venir de los hatos y rebaños era peligroso para su preservación y ocasionaba capturas como las que hemos mencionado.

Todo ello obliga a la convivencia de tierras con cultivos muy intensivos gracias al regadío y de espacios de monte. No es prudente citar muchos ejemplos. Uno puede ser suficiente. Se refiere a Almería, en cuyas proximidades el monte estaba claramente presente, y está tomado de Bernáldez: «E el monte era ay cerca, orilla de la mar, e mataron cuatro puercos monteses, en que ovieron mucho plazer. E acaesció, que estava en el monte un lobo, e salió a lo raso; e como se vido aquejado de la gente, metiose en la mar huyendo a nado...»¹¹⁶.

La imagen que nos ofrecen las Crónicas del siglo XV es discontinua. Forma el fondo de una escena muy viva, en la que los protagonistas son los hombres de la nobleza y los caballeros castellanos que se enorgullecen de victorias sobre poblaciones no precisamente guerreras, acusadas de ser pacíficas incluso. Conforme la guerra progresa, el conocimiento de la realidad de los granadinos y de sus tierras va aumentando. Reducidos a una situación menos feliz que la que tenían anteriormente, según hemos visto, ya no son enemigos directos, sino objeto de una explotación más descarnada. Un recorrido por las obras que relatan la rebelión de los moriscos, ya en la segunda mitad del siglo XVI, puede ser muy ilustrativo al respecto.

Las dos principales ofrecen un tratamiento muy desigual. En efecto, mientras que Hurtado de Mendoza, de la familia de los Tendilla, en un preciso estilo nos habla de las acciones, Luis del Mármol es más descriptivo. Su libro merecería un análisis completo. Pero no es posible hacerlo en el presente trabajo. Servirá un examen somero del mismo para poner de relieve la importancia que da el autor al paisaje granadino, como si estuviese haciendo un balance de su riqueza y de las posibilidades que tiene el territorio para una posterior ocupación castellana.

De los textos que podríamos recoger de Hurtado de Mendoza, uno de ellos el referente a la ciudad de Granada, sólo reproducimos uno, porque es el que se aproxima más a la tierra: *«Alpujarra llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre de levante á poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco mas ó menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de seda»*¹¹⁷.

La infinidad de datos que nos ofrece Mármol nos obliga a hacer una selección. Su preocupación está siempre en describir territorios más o menos homogéneos, poniendo de relieve esencialmente sus riquezas agrícolas y ganaderas. Veamos algunos ejemplos. De la taha de Orgiva dice: *«Es tierra fértil, llena de muchas arboledas y frescuras, y por ser templada, se crían naranjos, limones, cidros y todo género de frutas tempranas, y muy buenas hortalizas en ella. La cria de la seda es mucha y muy buena, y hay hermosísimos pastos para los ganados, y muchas tierras de labor, donde los moradores de los lugares cogen trigo, cebada, panizo y alcandia, y la mayor parte dellas se riegan con el agua del*

*rio y de las fuentes que bajan de aquellas sierras. Hay en esta taa quince lugares, que los moriscos llaman alcarias...»*¹¹⁸. De las vecinas de Ferreira y Poqueira: *«Toda esta tierra es muy fresca, abundante de muchas arboledas; críase en ella cantidad de seda de morales; hay muchas manzanas, peras, camuesas de verano y de invierno, que llevan los moradores a vender á la ciudad de Granada y á otras partes todo el año, y mucha nuez y castaña ingerta. El pan, trigo, cebada, centeno y alcandia que allí se coge es todo de riego, y lo mejor y de mas provecho que hay en el reino de Granada. Está una sierra entre estas dos taas, donde se crían hermosas viñas y huertas, y en ella nacen muchas fuentes de agua fría y saludable, con que se riegan, y son todas las frutas, hortalizas y legumbres que allí se cogen muy buenas. Es tan grande la fertilidad desta tierra, que si siembran los garbanzos blancos en ella, los cogen negros; y son los castaños tan grandes, que en el lugar de Bubion habia uno donde una mujer tenia puesto un telar para tejer lienzo entre las ramas, y en el hueco del pié hacia su morada con sus hijos...»*

*De verano hay en estas sierras hermosísimos pastos para los ganados; y de invierno, porque es tierra muy fría, los llevan á lo de Dalías, ó hácia Motril y Salobreña, que es mas caliente y templado por razón de los aires de la mar»*¹¹⁹. Del Valle de Lecrín se lee: *«Es abundante toda esta tierra de muchas aguas de rios y de fuentes, y tiene grande arboledas de olivos y morales y otros árboles frutales, donde cogen los moradores diversidad de frutas tempranas muy buenas, y muchos naranjas, limones, cidras y toda suerte de agro, que llevan a vender á la ciudad de Granada y á otras partes. Los pastos para los ganados son muy buenos, y cogen cantidad de pan de secano y de riego en los lugares bajos, y la cria de la seda es mucha y muy buena»*¹²⁰. Del extremo occidental del reino, de la zona de Marbella, se lee: *«Sus términos son todos de sierras ásperas y muy fragosas: sola una campiña tiene delante, que se extiende cuatro leguas hácia poniente, donde hacen sus simenteras los vecinos y los de otros lugares de su tierra. Son las sierras, aunque ásperas, abundantes de viñas y de arboledas de morales, castaños, nogales y de otros árboles desta suerte, y de mucha yerva para los ganados. La granjería principal desta tierra es la de la pasa y del vino que van á cargar cada año en aquel puerto los navíos que viene de Flándes, de Bretaña y de Inglaterra, y la cría de la seda. Solía haber en tiempos de moros muchos lugares de su jurisdicción metidos entre aquellos valles, la mayor parte de los cuales despobló Narvaez, alcaide de Gibraltar, en tiempo de guerra, llevándose los moradores captivos; y otros se despoblaron para irse después á Berbería, habiendo los Reyes Católicos ganado el reino de Granada»*¹²¹. De Bentomiz dice: *«Toda esta tierra es fragosísima, aunque fértil, poblada de muchas arboledas, abundante de fuentes frías y saludables, de donde proceden muchos arroyos de aguas claras, que bajan acompañados entre las peñas y piedras de aquellos valles; y sacándolos las acequias por las laderas, riegan sus huertas y hazas los moradores. Es buena la cria del ganado en esta sierra porque gozan hermosos pastos*

de verano y de invierno. Cuando cargan los frios y las nieves, los apacientan por los otros términos de la ciudad de Vélez, que son espaciosos y muy templados...»¹²².

Hay que destacar que en estos como en otros casos el paisaje dominante es el de tierras muy pobladas, cultivadas hasta el punto que es humanamente posible, con una relación muy evidente entre la agricultura de regadío y el ganado, que permanece fuera de los espacios cultivados. Esta imagen esta siempre presente, aun cuando se mencionan otras tierras menos fértiles. Es lo que se aprecia en Adra, cuando dice Mármol: «...están en la ribera del rio, donde tienen huertas y arboledas; todo lo demás es tierra estéril y arenales, especialmente hacia la mar»¹²³. La valoración económica y productiva de los territorios que se describen es fundamental en la obra, pero no exclusiva. Se deducen otros elementos del poblamiento. Es así en el castillo de Jubiles: «Jubiles es el lugar principal desta taa, donde se ven las ruinas de un castillo antiguo, en un sitio asaz grande y fuerte, en el cual dicen los moriscos antiguos que habia en tiempo de moros un alcaide y gente de guerra para tener sujetos los lugares de aquel partido, que eran los mas inquietos de la Alpujarra, bárbaros y bestias sobremanera»¹²⁴. Pero no menos importante son las modificaciones de las que nos advierte que se han ido sucediendo tras la conquista castellana. Estas son de transformaciones a partir de elementos y estructuras preexistentes, como en el caso de una mayor extensión del cultivo de la caña de azúcar. Se ve en la descripción de Salobreña y su tierra: «Hay muchas arboledas de huertas, olivos y morales por aquellos valles, y tienen los moradores muy buen cria de seda, aunque la principal granjeria es agora la de azúcar, porque en una vega que está á levante hacia Motril tienen muchas hazas de cañas dulces, y abundancia de agua con que regarlas, y junto á los muros un ingenio muy grande, y otros en las alcarías allí cerca, donde se labran las cañas»¹²⁵. En otros casos, como el ya recogido de la tierra de Bentomiz, se habla de cambios en los asentamientos por reducción de su número, o, como ocurre en Tíjola, en el valle del Almanzora, se modificó el lugar de la alquería: «Fue antiguamente edificada por los moros sobre un monte áspero y fragoso, cercado todo de peñas muy altas, que no dan mas de una entrada bien dificultosa á la parte de la sierra; y los moradores, por caerles tan á trasmano la morada antigua para sus labores, habían bajado á vivir al pié del monte, cerca de las huertas y del rio»¹²⁶.

Como se habrá advertido, la obra es inapreciable para describir el paisaje granadino. Abunda en la imagen de una tierra llena de núcleos poblados, con un agricultura esencialmente de regadío y rica en cultivos. Incluso las modificaciones que se han ido produciendo se anotan. Con estas pinceladas, mucho más vivas que en las Crónicas del siglo XV, queda el paisaje bien perfilado. Pero resta por saber cómo se valoraba este paisaje por los hombres de la época. A falta de unos textos más completos, se puede recurrir a los que fueron escritos por hombres foráneos.

EL PAISAJE GRANADINO Y LA ACCION CASTELLANA EN LOS AUTORES EXTRANJEROS

Es posible que las opiniones vertidas por los autores extranjeros que visitaron el reino de Granada tras su conquista puedan ser tachadas de maurófilas, aunque no cabe duda de que las descripciones que hacen no son sólo valorativas. En el caso de Jerónimo Münzer es seguro que obedece a la sorpresa que le causa el reino de Granada, pero en el del embajador Andrés Navagero no cabe esa explicación. A ambos nos vamos a remitir para terminar esta visión primera que hemos venido ofreciendo. Gracias a ellos podemos hacer un resumen y valorar la imagen que ofrecen los granadinos y su contraste con los castellanos.

Münzer, alemán de Nürenberg, visitó el reino de Granada en 1494; es decir, casi inmediatamente después de su conquista. En el relato de su viaje hay información inapreciable y de un interés máximo para conocer la situación en que estaba el territorio granadino y los principales personajes castellanos que en él estaban. Su itinerario es de Almería a Málaga, pasando por Granada. Las descripciones se centran fundamentalmente en las tres grandes ciudades del reino, siendo la más completa la de Granada. Llamen su atención especialmente las mezquitas de Almería y de Granada. Son monumentos muy singulares para él y en donde se celebran ceremonias que describe con minuciosidad, como ocurre en la de la capital. Pero no menor interés despierta en el autor alemán las viviendas de los moros de Granada, comparándolas con las de los castellanos: «Las casas de los moros son casi todas pequeñas, con habitaciones reducidísimas y sucias por fuera, pero muy limpias en su interior; por excepción, se hallarán algunas que no estén provistas de cisternas y de dos cañerías, una

para el agua potable y otra para las letrinas, pues los moros cuidan mucho de estos menesteres. Además, todas las calles tienen arroyo, y así, cuando no hay cañería en una casa, los moradores vierten en él por la noche las aguas sucias. Aunque escasean las cloacas, las gentes son, sin embargo, pulcras sobre toda ponderación, y eso que debe advertirse que una casa de cristiano ocupa más lugar que cuatro o cinco de moros, las cuales son intrincadas y laberínticas que parecen nidos de golondrinas»¹²⁷. El mismo autor advierte que en esas fechas: «*El rey don Fernando ha mandado ensanchar muchas calles, derribar algunas casas y hacer mercados*»¹²⁸.

Sin embargo, la descripción del territorio de Granada es esencial para comprender cómo estaba organizado éste: «*Al Mediodía, al Norte y al Poniente, extiéndose una dilatada y hermosísima llanura, casi toda ella ceñida por cerros de escasa elevación, con agua abundante para el riego y de suelo tan fecundo que produce dos cosechas al año. Se dan en él la zanahoria, el nabo, el mijo, la lenteja, el panizo, el haba, la aceituna, etc., y, como no nieva nunca, es feracísimo en muchos géneros de árboles, especialmente en membrillos, higueras, almendros, granados, naranjos y cidros. Hay fruta casi todo el año, porque en el mes de abril cosechan cerezas y alcachofas; en mayo, peras y manzanas de varias clases; en junio, uvas, que duran hasta noviembre, y en octubre, cuando estuvimos en Granada, aún se veía en las cepas gran cantidad de racimos. Los frutos en la vega maduran muy pronto con el sol que continuamente reciben; pero en los valles, por lo regular sombríos y un tanto frescos, aun cuando fluye el agua por doquier, tardan algo más en llegar a la sazón.*

Al pie de los montes, en otro llano de cerca de una milla, hay infinidad de huertas y

alquerías regadas por acequias y habitadas en todo tiempo, cuyo conjunto, visto a visto a cierta distancia, produce el efecto de una ciudad grande y populosa; singularmente al Noroeste, en extensión de más de una legua es incontable el número de casas y huertos, debido a que los moros son amanísimos de la horticultura y en extremo ingeniosos, tanto en las plantaciones como en las artes del riego. Además, es gente que se contenta con poco; los frutos no le faltan en casi todo el año, son su principal sustento; no beben vino, pero, en cambio, hacen con las uvas enorme cantidad de pasas y, en fin, hasta sus caballerías hallan el pasto por todos sitios. Hay, sin embargo, montañas, llanos y valles en donde la penuria de agua hace imposible el riego y la población.»¹²⁹.

Los granadinos, según la repetida opinión de Münzer, eran expertos en el agua. Llega incluso a decir, refiriéndose al conjunto del reino: «*En toda esta comarca son innumerables las villas y castillos, pero la única tierra cultivada es la de regadío*»¹³⁰. Es seguramente una exageración, pero en la frase late un fondo de verdad, puesto que la mayor productividad de ésta y la abundancia de frutos gracias al riego hacían de las áreas irrigadas espacios agrícolas privilegiados, sobre todo para hombres que no eran del mundo mediterráneo.

Podríamos multiplicar los ejemplos, recoger textos de su obra para mostrar cómo el paisaje granadino era algo extraño al viajero alemán, más parecido al N de África que a otras tierras europeas: «*...porque los moros de aquí y los de allá convienen en las costumbres, así en las que respectan a sus ceremonias religiosas, como en las que conciernen a su modo de vivir, a sus instrumentos, viviendas, etcétera*»¹³¹. No parece que sea necesario acudir a más casos. Para Münzer el reino de Granada es muy diferente de otras cosas por él vistas, y desde luego a otros territorios peninsulares.

En esa misma línea, aunque con mayor y más fino análisis lo pone de manifiesto el embajador italiano Navagero, ya en la década de los años veinte del siglo XVI. Hemos elegido sólo los siguientes textos, que se comentan por sí solos: «*Por todas partes estas colinas son muy abundantes en agua, que viene de Alfacar, distante legua y media de Granada, donde hay una grande y hermosa fuente que tiene aquel nombre, cuya agua es muy singular y saludable, y de ella beben casi todos los moriscos que guardan sus costumbres de alimentarse de frutos y no beber sino agua; estas aguas surten primero lo alto y luego lo bajo de la ciudad*»¹³². Más adelante afirma: «*La parte de la ciudad que está en el llano es muy abundante de agua, no habiendo casa que no la tenga, y va por cañerías que se abren y cierran a voluntad, de suerte que cuando las calles están sucias con el fango, pueden todas lavarse. No sólo viene a la ciudad para su uso agua de Alfacar, sino de todas partes; pero éstas suelen hacer daño, por ser muy crudas*»¹³³. Su texto sobre la Vega y los alrededores de Granada es sencillamente magnífico: «*Toda aquella parte, que está más allá de Granada es bellísima, llena de alquerías y jardines con sus fuentes y huertos y bosques, y en algunas las fuentes son grandes y hermosas,*

y aunque éstos sobrepujan en hermosura a los demás, no se diferencian muchos los otros alrededores de Granada; así, los collados como el valle que llaman la Vega, todo es bello, todo apacible a maravilla y tan abundante de agua que no puede serlo más, y lleno de árboles frutales, ciruelas de todas clases, melocotones, higos... albréchigos, albaricoques, guindos y otros, que apenas dejan ver el cielo con su frondosas ramas. Todos los frutos son riquísimos, pero las que llaman guindas garrafales son lo mejor que hay en el mundo. Además de los árboles dichos, hay tantos granados y tan hermosos que no pueden serlo más, y uvas singulares de muchas clases, especialmente zibibes sin grano, y no faltan olivares tan espesos que parecen bosques de encinas. Por todas partes se ven en los alrededores de Granada, así en las colinas como en el llano, tantas casas de moriscos, aunque muchas estén ocultas entre los árboles de los jardines, que, juntas, formarían otra ciudad tan grande como Granada; verdad es que son pequeñas, pero todas tienen agua y rosas, mosquetas y arrayanes, y son muy apacibles, mostrando que la tierra era más bella que ahora cuando estaba en poder de los moros; al presente se ven muchas casas arruinadas y jardines abandonados, porque los moriscos más bien disminuyen que aumentan, y ellos son los que tienen las tierras labradas y llenas de tanta variedad de árboles; los españoles, lo mismo aquí que en el resto de España, no son muy industriosos, y ni cultivan ni siembran de buena voluntad la tierra, sino que van de mejor gana a la guerra o a las Indias para hacer fortuna por este camino más que por cualquier otro»¹³⁴. Sobran los comentarios. Tal vez haya una exageración, pero una sombra de duda no impide ver los problemas. Es más, la descripción de otras ciudades y tierras españolas tiene menor significación, puesto que se trata de paisajes más familiares al autor. La contraposición entre moriscos y castellanos era una realidad más que contrastada en las formas de vida, sobre todo cuando aquéllos habían sido desposeídos de su clase dirigente, emigrada al N de Africa hacía tiempo o, en contados caso, integrada en la nobleza castellana. Los mismos castellanos eran conscientes de esa diferenciación. Las contradicciones estallaron cuando se produjo la rebelión final. Es entonces cuando el desprecio y el odio aparece en todo su esplendor. Véanse, si no, las palabras de Mármol: «Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita seta; decían las oraciones á Mahoma, hacían sus procesiones y plegarias, descubriendo las mujeres casadas los pechos, las doncellas las cabezas; y teniendo los cabellos esparcidos por los hombros, bailaban públicamente en las calles, abrazaban á los hombres, yendo los mozos gandules delante haciéndoles aire con los pañuelos, y diciendo en alta voz que ya era llegado el tiempo del estado de la inocencia, y que mirando en la libertad de su ley, se iban derechos al cielo, llamándola ley de suavidad, que daba todo contento y deleite»¹³⁵.

Las manifestaciones de los diversos autores pone de manifiesto sin ningún género de dudas que el paisaje que ven y describen es muy diferente al que ellos estaban habituados a vivir. Su extrañeza quedaba atemperada por las fre-

cuentes relaciones entre castellanos y granadinos, aunque fuesen de guerra muchas veces. Era una paisaje en el que vivían unos hombres con una estructura social y unas formas de vida muy distintas a las de quienes los describen. Antes de terminar parece conveniente recoger la opinión de un castellano, anónimo, que emite un informe a la Corona sobre el sistema de regadío de la zona de Guadix. Servirá para abrir una puerta a la investigación sobre la concepción valorativa que tenían los vencedores sobre el paisaje de los vencidos, cuando aquéllos eran los actores principales en sustitución de éstos: «Los moros, nuestros enemigos, por los pecados antiguos touieron ocupada esta tierra ochoçientos años a y mas tiempo, y aquellos primeros pobladores della quien duda fuesen ynformados de los christianos que della lançaron o en ella por sus pecados quedaron del horden// y forma de las dichas açequias y aguas y de la manera que se auian de regar los heredamientos della y del como y quando. Los quales asy por esto como porque todos son naçidos en las aguas y açequia y casy lo tienen todos por ofiçio naturalmente, y desdeque naçen hasta sus postrimeros dias nunca lo dexan, deuen ser y son verdaderos testigos, y nosotros que cada vno vino de su prouinçia y somos peregrinos en esta tierra estar deuemos quanto a esto de las aguas a su yndustria, paresçer y consejo y no querer hazer aquello que no sabemos ni supieron nuestros padres, y si algunos quisieren dezir que son de tierras donde biuen por riego y por açequias y que desto saben algo, asy como los del reyno de Valençia o los del reyno de Murçia, digo que ninguna y si alguna muy poca fe se les deve dar, porque es verdad que esta tierra y la condiçion della no es tal ni de la condiçion de aquella y avn mas estrechamente hablando digo que en esta misma tierra ay de vna parte a otra y de otra a otra tanta diferençia que no paresçe syno

estar mill leguas lo vno de lo otro, porque de vna manera y en vn tienpo se quiere labrar, senbrar y regar Menaluva y de otra Gayena y de otra Paulenca y de otra Albulian y de otra el rio de Alhama, y asy todo lo al, y todo estos esta en dos leguas de termino, y asy todos heredamientos y tierras no por vn orden se labran, sienbran, riegan ni tratan ni en vn tienpo, mas por muchos y diversos...»¹³⁶.

NOTAS

- 1 Juan P. RUIZ: "El paisaje y el cosmos". *Quercus*, cuad. 88 (1993), pp. 11-13.
- 2 Francis FOURNEAU: "Quelques reflexions préliminaires sur la notion du paysage: ses "productions et perceptions", son aménagement". *Seminario sobre el paisaje. Debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión*. Sevilla, 1989, pp. 21-24, espec. p. 21.
- 3 Francis FOURNEAU: "Quelques reflexions...", p. 22.
- 4 Fernando GONZALEZ BERNALDEZ: *Ecología y paisaje*. Madrid, 1981.
- 5 Josefina GOMEZ MENDOZA: "El entendimiento del monte en la génesis de la política fiscal". *Seminario sobre el paisaje. Debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión*. Sevilla, 1989, pp. 64-78, espec. p. 64.
- 6 Juan P. RUIZ: "El paisaje...", p. 12.
- 7 Cfr. Andrés CARANDINI: *Arqueología y cultura material*. Barcelona, 1984.
- 8 Miquel BARCELO et alii: *Arqueología Medieval. En las afueras del medievalismo*. Barcelona, 1988.
- 9 Miquel BARCELO: "El diseño de espacios irrigados en al-Andalus: un enunciado de principios generales". *I Coloquio de Historia y medio físico. El agua en zonas áridas: Arqueología e Historia*. Almería, 1989, vol. I, pp. XIII-XLIX.
- 10 Riccardo FRANCOVICH et alii: "Un villaggio di minatori di metallo nella Toscana del Medioevo: San Silvestro (Campiglia Marittima)". *Archeologia Medievale*, XII (1985), pp. 313-403, y R. FRANCOVICH y L. ROMBALI: "Miniere e metallurgia nella Toscana preindustriale: il contributo delle fonti geo-iconografiche". *Archeologia Medievale*, XVII (1990), pp. 695-709.
- 11 "Tout comme la recherche historique est passée, au siècle dernier, de l'histoire événementielle à une conception plus globale et plus complexe, l'archéologie a vu, au cours de ces dernières décennies, son champ d'investigation s'amplifier et se diversifier. C'est que la notion même de patrimoine a considérablement évolué dans notre société en mal héritage. Au classique patrimoine artistique du début du XX^e siècle, pris dans une acception élitiste, obnubilée para la pièce rare ou à forte valeur esthétique ou monnayable ajoutée, a succédé une vision patrimoniale plus ouverte et plus sociale, en quelque sorte plus démocratique. C'est dans le courant de cette révolution culturelle qu'a pu se développer l'archéologie agraire. La mémoire des plus humbles, celle des paysans, est de plus en plus sollicitée. Les paysages que les sociétés rurales ont élaborés et entretenus sont de plus en plus appréciés dans un mouvement de récupération culturelle qui n'est pas sans ambiguïté mais qui, pour l'instant, ne peut que favoriser le développement de l'archéologie". (Claude et Georges BERTRAND: "Préface", en Jean GUILAINE (ed.): *Pour une archéologie agraire. A la croisée des sciences de l'homme et de la nature*. Paris, 1991, p. 13.
- 12 Jean GUILAINE (ed.): *Pour une archéologie agraire...*
- 13 "Non c'è una definizione accettata di archeologia del paesaggio, ma penso che per la maggioranza degli archeologi il termine abbia assunto il significato di studio archeologico del rapporto tra le persone e l'ambiente in cui abitava" (Graeme BARKER: "L'archeologia del paesaggio italiano: nuovi orientamenti e recenti esperienze". *Archeologia Medievale*, XIII (1986), pp. 7-30, espec. p. 7.
- 14 "Lo studio del paesaggio archeologico abbraccia oggi una gamma molto ampia di tecniche, alcune specificamente archeologiche, altre prese in prestito o adattate dalla geografia umana e fisica, come per esempio la fotografia aerea e, più recentemente, il rilevamento a distanza via satellite; lo studio dei sistemi di insediamento per mezzo di ricognizioni in superficie e lo studio dei monumenti esistenti nella campagna; lo studio della località, l'analisi del «catchment» di singoli siti e l'analisi spaziale di reti di siti, la ricostruzione paleoambientale attraverso l'analisi del polline, la geomorfologia ed altre scienze della Terra. Inoltre, lo studio di un paesaggio dell'antichità per essere completo deve anche comprendere normali scave e l'analisi di tutti i dati ottenuti, sia biologici sia dei manufatti e, per quanto riguarda i periodi storici, l'integrazione dell'archeologia con le ricerche documentarie" (Graeme BARKER: "L'archeologia del paesaggio...", p. 7).
- 15 André BAZZANA y Pierre GUICHARD: «Pour une "archéologie extensive"», en André BAZZANA y Jean-Michel POISSON: *Histoire et Archéologie de l'habitat médiéval. Cinq ans de recherches dans le domaine méditerranéen et la France du Centre-Est*. Lyon, 1986, pp. 175-184, y Pierre GUICHARD: «Perspectives de recherche sur la toponymie et la géographie historique d'Al-Andalus», en *Histoire et Archéologie...*, pp. 185-190.
- 16 "Le due fondamentali esigenze dell'archeologia del paesaggio sono probabilmente la prospettiva diacronica, o che copre periodi diversi, e l'approccio eclettico e pluridisciplinare..." (Graeme BARKER: "L'archeologia del paesaggio...", p. 8.)
- 17 Emilio SERENI: *Storia del paesaggio agrario italiano*. Bari, 1961.
- 18 Vito FUMAGALLI: *Las piedras vivas. Ciudad y naturaleza en la Edad Media*. Madrid, 1989.
- 19 Es de gran interés el balance historiográfico de Rinaldo COMBA: "Il territorio come spazio visuto. Ricerche geografiche e storiche nella genesi di un tema di storia sociale". *Società e storia*, XI (1981), pp. 1-27.
- 20 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Edic. y estudio de Manuel GOMEZ-MORENO y Juan de M. CARRIAZO. Madrid, 1962, cap. LXIV, p. 138.
- 21 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. LXV, pp. 144-145.
- 22 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. CXVIII, pp. 273-274.
- 23 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. CXVIII, p. 277.
- 24 Alonso de PALENCIA: *Crónica de Enrique IV. Guerra de Granada*. Edic. A. PAZ Y MELIA. Madrid, 1975, t. III, p. 122.
- 25 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 89.

- 26 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 163.
- 27 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 181.
- 28 *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*. Edic. Juan de Mata CARRIAZO. Madrid, 1940, cap. VIII, pp. 79-80.
- 29 *Hechos del condestable...*, cap. X, p. 103.
- 30 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II de Castilla*. Edic. Juan de Mata CARRIAZO Y ARROQUIA. Madrid, 1982, cap. 77, p. 172.
- 31 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 101, p. 226.
- 32 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 166, p. 359.
- 33 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica del serenísimo príncipe Don Juan segundo rey deste nombre en Castilla y en León*. Edic. Cayetano ROSELL. Madrid, 1953, B.A.E., t. LXVIII, *Crónica de los Reyes de Castilla*, t. II, cap. XLI, p. 294.
- 34 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, t. I, p. 88.
- 35 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 497.
- 36 Andrés BERNALDEZ: *Memorias...*, cap. XCII, p. 206.
- 37 Andrés BERNALDEZ: *Memorias...*, cap. XCII, p. 208.
- 38 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 52, p. 134.
- 39 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 142.
- 40 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 123.
- 41 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 179.
- 42 *Historia de los hechos de Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz (1443-1488)*. CODDIN, t. CVI. Madrid, 1893, cap. III, p. 162.
- 43 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 17, p. 66.
- 44 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 41, p. 121.
- 45 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 155, p. 327.
- 46 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 522.
- 47 *Hechos del condestable...*, cap. IX, pp. 92-93.
- 48 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. LXXV, p. 158.
- 49 Diego de VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*. Edic. Juan de Mata CARRIAZO. Madrid, 1927, cap. XLVIII, p. 153.
- 50 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LXXVIII, p. 239.
- 51 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 184.
- 52 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. XCII, p. 281.
- 53 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, pp. 222-223.
- 54 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. XCII, p. 207.
- 55 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 184.
- 56 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. XCII, p. 206.
- 57 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 230.
- 58 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica...*, cap. 171, p. 366.
- 59 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. XLVI, p. 141.
- 60 *Historia del marqués...*, cap. XV, p. 204.
- 61 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LXI, p. 190.
- 62 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. LXXV, p. 158.
- 63 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica...*, cap. 63, pp. 151-152.
- 64 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LXXI, p. 217.
- 65 Hernando del PULGAR: *Crónica de los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón*. Edic. Cayetano ROSELL. B.A.E., t. LXX. *Crónica de los Reyes de Castilla*, t. III. Madrid, 1953, III Parte, cap. LXXV, p. 455.
- 66 Hernando del PULGAR: *Crónica...*, III Parte, cap. CVI, p. 494.
- 67 *Historia del marqués...*, cap. LI, p. 308.
- 68 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 185, p. 394.
- 69 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 89.
- 70 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. XLVI, p. 139.
- 71 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 176.
- 72 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 294.
- 73 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 321.
- 74 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 183.
- 75 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LX, p. 186.
- 76 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 499.
- 77 *Historia del marqués...*, cap. XLII, p. 278.
- 78 *Historia del marqués...*, cap. XIX, p. 216.
- 79 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, pp. 495-496.
- 80 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, p. 148.
- 81 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LI, p. 162.
- 82 *Hechos del condestable...*, cap. IX, p. 96.
- 83 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, p. 158.
- 84 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LI, p. 162.
- 85 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LXIX, p. 211.
- 86 Vid. la expedición de D. Alvaro de Luna, analizada en las diferentes Crónicas por Juan de Mata CARRIAZO: "Cartas de la frontera de Granada", recogido en *En la frontera de Granada*. Sevilla, 1971, pp. 29-84.
- 87 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, pp. 253-254.
- 88 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LIX, p. 184.
- 89 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, p. 149.
- 90 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 143.
- 91 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada...*, t. III, pp. 200-201.
- 92 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. C, p. 223.
- 93 *Hechos del condestable...*, cap. X, p. 103.
- 94 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 89.
- 95 *Hechos del condestable...*, cap. VIII, pp. 79-80.
- 96 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, p. 206.
- 97 Alonso de PALENCIA: *Crónica...*, *Guerra de Granada*, t. III, pp. 206-207.
- 98 Andrew W. WATSON: *Agricultural innovation in the Early Islamic World*. Cambridge, 1983.
- 99 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 495.
- 100 Diego de VALERA: *Crónica...*, cap. LXXI, p. 217.
- 101 *Correspondencia de Hernando de Zafra*. CODDIN, t. XI. Madrid, 1, p. 355.
- 102 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 500.

- 103 *Hechos del condestable...*, cap. XXXIX, p. 396.
- 104 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 294.
- 105 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 296.
- 106 Hernando del PULGAR: *Crónica...*, p. 455.
- 107 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 324.
- 108 Fernán PEREZ DE GUZMAN: *Crónica...*, p. 495.
- 109 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. LXX, p. 151.
- 110 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. LXXXI, p. 172.
- 111 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 41, p. 120.
- 112 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 56, pp. 140-141.
- 113 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 101, p. 225.
- 114 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 102, p. 227.
- 115 Alvar GARCIA DE SANTA MARIA: *Crónica de Juan II...*, cap. 152, p. 322.
- 116 Andrés BERNALDEZ: *Memorias del reinado...*, cap. XCIII, p. 211.
- 117 Diego HURTADO DE MENDOZA: *Guerra de Granada hecha por el rey Don Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. Edic. B.A.E., t. XXI. *Historiadores de sucesos particulares*, t. I. Madrid, 1946, p. 75.
- 118 Luis del MARMOL CARVAJAL: *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. Edic. B.A.E., t. XXI. *Historiadores de sucesos particulares*, t. I. Madrid, 1946, p. 189.
- 119 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XC, p. 191.
- 120 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XXXI, p. 212.
- 121 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XXXV, p. 215.
- 122 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XV, p. 264.
- 123 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XVIII, p. 201.
- 124 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XI, p. 193.
- 125 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XXVII, pp. 208-209.
- 126 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. XIV, p. 325.
- 127 Jerónimo MUNZER: *Relación del viaje*, en J. GARCIA MERCADAL: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, 1952, p. 358.
- 128 Jerónimo MUNZER: *Relación...*, p. 358.
- 129 Jerónimo MUNZER: *Relación...*, pp. 356-357.
- 130 Jerónimo MUNZER: *Relación...*, p. 359.
- 131 Jerónimo MUNZER: *Relación...*, p. 358.
- 132 Andrés NAVAGERO: *Viaje por España*, en J. GARCIA MERCADAL: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, 1952, p. 856.
- 133 Andrés NAVAGERO: *Viaje...*, p. 858.
- 134 Andrés NAVAGERO: *Viaje...*, pp. 858-859.
- 135 Luis del MARMOL: *Historia del rebelión...*, cap. VIII, p. 189.
- 136 Archivo General de Simancas, Cámara-Pueblos, leg. 8, fol. 284.